

Konx Om Pax: Essays in Light

Ensayos en la Luz

Aleister Crowley

ABADÍA ARGENTUM

KONX OM PAX

ENSAYOS EN LA LUZ

⁂ De este libro se imprimieron solo quinientos ejemplares en papel hecho a mano. Cada ejemplar está numerado y firmado.

Este ejemplar es el N.º _____

KONX OM PAX

DEDICATORIA Y CONTRADEDICATORIA, CON UNA NOTA SOBRE LA OSCURIDAD

CUANDO el Neófito entra en el Sendero del Mal, se alza frente a él el gran ángel Samael. En vano dice que viene de entre las columnas y que busca el Conocimiento oculto en el Nombre de Adonai; el ángel le responde: «Yo soy el Príncipe de las Tinieblas y del Mal. El hombre malvado y rebelde contempla el rostro de la Naturaleza y no halla en él sino terror y oscuridad; para él no es más que la tiniebla de la tiniebla, y él no es sino como un borracho que anda a tientas en lo oscuro. ¡Vuélvete!, porque no puedes pasar».

Del mismo modo, cuando el Neófito entra en el Sendero del Bien, lo detiene el gran ángel Metatrón con estas palabras: «Yo soy el ángel de la Presencia divina. El sabio contempla el mundo material y ve en él la imagen luminosa del Creador. Todavía no puedes soportar el brillo deslumbrante de esa Luz. ¡Vuélvete!, porque no puedes pasar». Estos lugares comunes del misticismo bastardo de los saltimbanquis, por toscos e imbéciles que le parezcan a quien ya «ha pasado», vienen curiosamente al caso de mi intención de este momento.

¡Ensayos en la Luz!, oigo exclamar a alguien. El hombre ya era bastante oscuro antes, ¡pero ahora!!! Muy probable. Es la primera vez que escribo sin cuidarme de la claridad. Por la paradoja de costumbre, puedo esperar que algún tonto solemne

afirme que jamás hubo nada tan llano, y (con un poco de suerte) que el resto de los tontos solemnes (en una palabra, Inglaterra entera) lo siga, hasta que Konx om Pax reemplace a Reading without Tears en todas las escuelas de párvulos.

Y sin embargo, suponiendo que esto ocurriera, ¿en qué avanzaría el mundo? En nada. Porque el resplandor en que caminamos no será más que tiniebla espesa para todos aquellos que no se hayan vuelto ciegos al hecho de que la luz y la oscuridad son parientes. La luz en que escribo no es la luz de la razón; no es la oscuridad de la sinrazón; es la L. V. X. de aquello que, primero dominando y luego trascendiendo la razón, ilumina la oscuridad causada por la interferencia de las ondas opuestas del pensamiento; no destruyendo su equilibrio, y mostrando con ello una luz falsa y parcial, sino saltando por encima de sus limitaciones.

Que no exclame el pedante con Newman que evito la Escila del Sí y la Caribdis del No por el Estrecho del Sin Sentido.

Una cosa no es necesariamente A o no-A. Puede estar fuera del universo del discurso en que existen A y no-A. Es absurdo decir de la Virtud que es verde o que es no-verde, porque la Virtud nada tiene que ver con el color. Una de las definiciones más sugestivas de KONX (la LVX de los Hermanos de la Rosa Cruz) es que trasciende todos los pares de opuestos posibles. Y esto no suena disparatado a quienes conocen Esa LVX. Pero para quienes no la conocen, debe (me temo) seguir siendo tan oscuro y ridículo como la trigonometría esférica para los habitantes de Planilandia.

Kant y otros han observado la semejanza de nuestras manos y nuestros pies, y la imposibilidad de que uno ocupe el lugar de su compañero en el espacio ordinario de 3 dimensiones. Esto les sugirió un espacio en el que se los puede hacer coincidir.

De modo semejante, un equilibrio coherente de todos los opuestos imaginables nos sugerirá un mundo en el que son verdaderamente uno; desde donde hasta ese mundo mismo no hay más que el paso más corto.

Todos nuestros contradictorios son curvas coordenadas; están a lados opuestos del eje, pero por lo demás son exactamente semejantes, como en el caso de las manos citado más arriba. Si no fueran semejantes, ya no serían contradictorios, sino contrarios.

La gente que empieza a pensar por sí misma suele caer en el error de contradecir las ideas normales tal como se las enseñaron sus mayores.

Así, uno aprende que el matrimonio está bien y el adulterio mal. Uno piensa, y descubre la belleza del segundo y la sordidez del primero; acaso termine, con un poco de ingenio, defendiendo el matrimonio porque las delicias del adulterio son imposibles sin él. Esta actitud está bastante bien, desde luego, mientras uno habla con los que se arrastran; pero lo que educa al clero (puesto que los milagros todavía ocurren) es una perogrullada para una actriz.

Tenemos que ir más allá y percibir ambos lados de la cuestión; entonces se abrirá ante nosotros ese mundo donde no hay ni

casarse ni darse en casamiento, del que con tanta elocuencia habló el gran enemigo de la moral de su época.

Si en la selva dos elefantes pelean con brío, poco hará quien tome partido por uno de ellos; antes bien, que los atrape a ambos, que domestique a ambos, que monte a ambos, como el auriga del Tarot con las esfinges opuestas, negra y blanca. Ni creas tú, oh hombre, que en las palabras se alcanza en parte alguna lo definitivo. Pongo en equilibrio A y no-A (a) y, hallando a ambos falsos y a ambos verdaderos, trasciendo con B. Pero sea lo que fuere B, es tan falso y verdadero como b; llegamos a C. Así de C a c, y por siempre. No, como pensaba Hegel, hasta que lleguemos a una idea en la que no acecha ninguna semilla de contradicción consigo misma, porque eso no puede ser jamás.

¿Lo pensable es falso, entonces? (¡otra vez!) Sí, pero es igualmente verdadero.

Así también tenían razón los antiguos místicos que veían en todo fenómeno un demonio con cara de perro, apto solo para apartar al alma del sagrado misterio; y tenían razón, también, los que «interpretan todo fenómeno como un trato particular de Dios con el alma». Pero esta última es la fórmula superior; reducir el Círculo Mágico a un punto es tarea más fácil que destruir ese círculo (y todo lo que está dentro y fuera de él) por la irrupción de una dimensión superior.

¡Ay!, pero cualquiera de los dos caminos es el Último Paso; afortunados somos casi todos si siquiera logramos formular algún círculo, ¡cualquier círculo!

Ni te sirve de nada, oh hombre, trascender la razón ignorándola. ¡Tienes que pasar por el fuego hacia Adonai-Melekh, hijo de la tierra! No puedes escabullirte por ninguno de los dos lados. Solo cuando la Destrucción de la Torre de Babel de la Razón llega como una catástrofe real de tu carrera puedes escapar de entre las ruinas. De otro modo, ¿qué respuesta tienes tú (¡oh místico perfecto!) a quien el médico habla de hombres «autohipnotizados en trances catalépticos», a quien el historiador le niega tu Cristo o tu Mahoma, a quien el moralista le arroja su gruñido de «antisocial»; a quien, en verdad, todos los hombres, y tú el primero, acusan de locura, de ignorancia, de error?

Nada sino una skepsis infinita te salva aquí. No defiendas a tu Cristo; ataca la posición de tu adversario; desafía todas sus premisas, discute la validez de sus axiomas más profundos, impugna su cordura, ¡duda de su existencia!

Según tu propia fórmula, él no es sino un demonio con cara de perro, o Dios.

Destrúyelo, o sé él: eso basta; no hay más que decir.

Queridos hijos de la tierra, mucho tiempo han vagado ustedes en la oscuridad; ¡dejen la noche y busquen el día! No procuren imitar el lenguaje de los sabios; es fácil. No hay camino real hacia la iluminación; lo que digo en la Luz es verdad para los hijos de la Luz; para los de la oscuridad es confusión y trampa.

Si supieran ustedes qué agonía ha sido para mí la ágil agudeza de mi propia dialéctica, no me envidiarían, ¡oh torpes! Porque temo siempre estar reemplazando la verdad del pensamiento por la

mera pericia de una habilidad mecánica. Entonces, viendo el pensamiento como miedo, lo apago con maestría. De donde surgen otras cosas malas: el pensamiento «¿No será esto también mera artimaña de la mente?», «¿No será esto también cobardía?», y otros por docenas.

Y así, respondiéndolos uno por uno, y a uno y a todos, la razón se derrumba, y o bien el sueño profundo afloja todos mis miembros y la oscuridad cae sobre mi alma, o bien…

Pero ustedes saben bien qué otra cosa, queridos hijos de la Luz.

Para ustedes, Konx Om Pax (Luz en Extensión) es su hogar natural. Ustedes han escrito estos ensayos con mi pluma; no es a ustedes a quienes necesito ofrecerlos; sino que

A todas y cada una de las personas
del mundo entero
que están fuera del recinto de la Orden,
y aun a los Iniciados
que no están en posesión de la Contraseña
por el momento;
y a todos aquellos que han renunciado,
dimitido
o sido expulsados,

dedico

esta Revelación de los Arcanos
que están en el
Adytum del Silencio nutrido por Dios.

Mientras que, por otra parte:

San Pablo habló en la Colina de Marte
a los atenienses de cabeza vacía;
pero yo hablaría antes con las estrellas
que con atenienses de cabeza vacía.
Es demasiado fácil formar un culto,
pregonar una cruzada con «Deus Vult»,
pero no sacarás mucho buen resultado
de atenienses de cabeza vacía.

La gente de Londres se parece mucho
a esos atenienses de cabeza vacía.
Con gran facilidad podría hacerlos temblar,
a esos atenienses de cabeza vacía.
Una pizca de Biblia, un galón de palabrería,
y yo, o cualquier otro asno de esa laya,
podríamos traer a nuestra mística misa a la luz de la luna
a esos atenienses de cabeza vacía.

En suma, poquísimo provecho le saco
a los atenienses de cabeza vacía.
Los pájaros que atrapé quedarán todos sueltos;
son atenienses de cabeza vacía.
Pensé que quizá podría hacer algún bien;
pero diez contra uno a que nunca lo haré,
y dudo que salvara, aunque pudiera,
a tales atenienses de cabeza vacía.

Así que (con un poco de suerte) me despediré
de los atenienses de cabeza vacía.
Por mí, que se vayan todos al infierno,
por atenienses de cabeza vacía.

Odio sus sacudidas y choques de idiotas,
monos que hacen muecas detrás de sus barrotes;
me siento más en casa con los vientos y las estrellas
que con atenienses de cabeza vacía.

الى سلوفير

CONTIENE UN ENSAYO SOBRE

אמת

ALI SLOPER; O LOS CUARENTA MENTIROSOS

UN DIVERTIMENTO NAVIDEÑO

هر که دست از جان بشوید
هر چه در دل دارد بگوید

DRAMATIS PERSONÆ

(Con sugerencias para el reparto)

Personaje	Intérprete sugerido
Ali Sloper (de 120 años)	Mr. Christian Rosencreutz.
Bones («Muy Honorable Frater C.C.R.»)	Mr. W2d2n Gr2ssm2th.
Mrs. Bones	Miss C2m2ll2 Cl2ff2rd.
El Bebé Bones (de quince meses)	Mr. 2sc2r2sch2 o Miss L2c2l2 H2ll.
Bowley («Muy Honorable Frater N.L.»)	Miss L2ly Br2yt2n.
Presidente imaginario, cantores de villancicos, etc.	Cualquier actor imaginario.

La Famosa Compañía de Pantomimos del Dr. Waistcoat («Los Cuarenta Mentirosos»):

Artista	Número
Whitehead	Equilibrista.
Din y Doni	Payasos de golpes.
Daath	Bebé Sensacional.
Nehushtan	Bailarina Serpentina.
Los Ales (Ralph, Mike y Sam)	Cómicos serios.
Lucy Furr y Florrie Farr	Dúo egipcio.

El Misterioso Mathers en su gran sketch, «LA BÓVEDA FAMILIAR».

(El señor Mathers tomará prestados del público los objetos que necesite.)

«Resido en Abiegnus, y mi nombre es "Flodden" James.
No soy dado a pequeños engaños ni a ningún juego pecaminoso:
y contaré en lenguaje sencillo lo que sé del sinvergüenza
que deshizo nuestra Sociedad, ¡y también deshizo al fundador!».

Artista	Número
The Clippers	Excéntricos.
Happy Hal Barthe con Tim Urah e Ike Baker	Transformistas.
Le Marbre	Calculista relámpago.
Mac y Mic	Artistas de muecas.

EL ÚNICO YEATS. ¿Qué son los Yeats?

Berridge y su Broche Mágico.

Artista	Número
Mo Locke y Bill Feegur	Cómicos serios.
Miss Schnarr	Recitadora.

Shaddai L. Hye en sus grandes canciones:

«The Yonisuckle and the Bee».
«New every morning is the love».
«Hire a member, hire a member».
«How's that for Hye?» y
«Lingam longer, Lucy».

Artista	Número
Dr. Jelinek	Contorsionista.
Barry Ether	Recitador de sociedad.
La Chic Ina	En su famosa Canción de Gloria.

Los Fenómenos.

Artista	Número
Harry Canpin	El Hombre de la Cara de Goma.
May Imm	La única Sirena auténtica en exhibición.
Constance Sylphide	El esqueleto viviente, en sus canciones «I'm the Empress of Rosher», etc.
Tabicat	El Hombre Cornudo de Mazawattee.

Superhombres y otros figurantes.

Artista	Número
Nogah	«El pedacito de dulce».
Lieber Herr Gott	Con sus fieras amaestradas; incluye el Unicornio de las Estrellas, único en Europa.
Adam Cadman	Cómico bajo.
El Terrible Tetragrammaton	Luchador grecojudío.

GRAN ESPECTÁCULO PATRIÓTICO.

Preparativos bélicos. El General Eloah llega de Temán de Edom. El Coronel Holiun, convocado desde el Monte Parán. El Desierto

de Seir. Las Tiendas de Cusán. Una fortaleza derviche. La columna volante del General Tetragrammaton. La Ciudad de Meroz I. V. deserta en bloque. ¿Un traidor en el campamento? La astuta jugada de Melquisedec Pashá. El río Cisón arrastra a los moabitas (por el señor Frank Parker). Por fin, la batalla. Resistencia desesperada de los Reyes de Edom. Ataque de flanco del Mariscal Jah. Los Montes Eternos, dispersados. Las Colinas Perpetuas, inclinadas (por el señor Frank Parker). Carga de los gallardos Karnaim. Derrota de los edomitas. Los Duques en plena fuga. Y Gran Final: «Voladura de la Torre de Babel» (por el señor Frank Parker).

«Dios salve al Rey».

ESCENA

Salón practicable cubierto de innumerables hojas de papel Whatman tamaño doble elefante, a punto de convertirse en una impracticable Tabla de Correspondencias. Un fuego crepitante. Sofás y sillas.

Al presentar esta obra ante un público británico, el Empresario debe adelantarse y decir: «Señoras y señores, a causa de la grave indisposición del Autor, no se hallarán bromas obscenas en el diálogo de esta obra. Los actores, sin embargo, han recibido instrucciones de detenerse y guiñar el ojo a intervalos frecuentes, momentos en que ustedes quedan en libertad de imaginar un doble sentido excepcionalmente profundo y singularmente sucio. También hemos corrido con el gasto de contratar gente que se siente en las butacas y arranque las risas, de modo que no hay

excusa alguna para que ninguno de ustedes se queje de haber pasado una velada poco lasciva».

Se levanta el telón.

La FAMILIA BONES y MR. BOWLEY sentados alrededor del fuego. Al fondo, MRS. P..TR..CK C..MPB..LL, perseguida por MR. M..RT..NH..RV..Y, sale corriendo por la derecha y se golpea la espinilla contra una silla.

Mrs. P. C. ¡No soy feliz! ¡No soy feliz! Oh, Glwyndyvaine, ¿qué diré?

Mr. M. H. ¡La mayoría de la gente diría Damn, ma belle Mygraine!

Mrs. P. C. *[Aparte.]* Si Maeterlinck me da un nombre como una jaqueca, ¿no me llamará Shaw simplemente una pastilla para la tos? *[Sale.*

Apuntador. *[Enojado.]* ¡La Verdad!

Mr. M. H. ¡La Verdad! ¡La Verdad! ¡La Verdad! *[Sale. Estruendo de trompetas.*

Mrs. Bones. ¡Basta de esta locura teatral! ¿Más café, señor Bowley?

Bowley. Por favor. Espero que me perdone, señora Bones, pero en honor de la estación festiva, y como descanso de nuestras severas labores sobre la Tabla de Correspondencias, me he tomado la libertad de contratar a la célebre compañía de Artistas de Variedades del Dr. Waistcoat para que actúe a intervalos durante la velada.

Mrs. Bones. Le estamos muy agradecidos por su amabilidad, se lo aseguro; confío en que no le haya costado demasiado.

Bowley. Waistcoat es un viejo amigo mío, ¿sabe?; emparentado con los Straights (los Straights de Dover) por parte de madre. Non Omnis Moriar es su lema. Muy probable; pero, por otra parte, nunca está del todo vivo; así que uno puede regatear con él con gran ventaja.

Mrs. Bones. Bueno, estoy segura de que todo será de lo más encantador. Ya casi no tenemos aquellas Navidades a la antigua.

Bones. Dentro de dos mil años todos diremos lo mismo del Día de Bowleymas en el ocaso del Bowleyanismo.

Bowley. Respete mi modestia: pirro-zoroastrismo, si me hace el favor.

Mrs. Bones. ¿Más café?

Bowley. Por favor. No pregunta usted qué quiere decir su marido, señora Bones. Me rindo ante ustedes dos.

Bones. Hoy celebramos el nacimiento de Cristo; después, el de Bowley.

Bowley. ¡Escondo mis rubores en tu pecho, oh criatura! *[Lo hace; el niño llora.]* ¡Tómelo, por el amor de Dios! *[Hecho. El niño sonríe.*

Mrs. Bones. Pero yo creía que su cumpleaños era en octubre.

Bowley. Lo es; ¿y por qué lo dispuse en esa fecha? Porque sabía que yo era el Mesías (pásenme al bebé, por favor) y que la gente celebraría el día de acuerdo con mi palabra.

Mrs. Bones. ¿Pero por qué?

[BONES le hace señas desesperadas, pero en vano.

Bowley. Porque los niños nacidos en verano se crían mejor.

Mrs. Bones. ¿Pero por qué?

Bowley. Hermano, se alarma usted en vano. Tienen oídos y no oyen. Pero no estoy hablando; estoy haciendo mi Tabla de Correspondencias. Brindo por mi Tabla de Correspondencias.

[Bebe. BONES toma un libro sobre misticismo indio. Truenos. Música lenta.

Bowley. Más café, por favor. Atribuyo el Bebé a Malkuth. Señora Bones, ¿puedo pintar al bebé de amarillo brillante de pies a cabeza? Sin hacer caso de los suspiros y gemidos de su Madre, pintó de azul al Bebé Bones, en el conocido porfíreo del difunto John Keats, sobre quien sea la paz. En esta etapa de mi carrera (¡deje esa tontería de babu!) le ofrezco la siguiente alternativa desesperada, ¡Muy Honorable Frater! O seguimos con la Tabla, o le leo mi última y gloriosa obra maestra titulada Amath. ¡Es el hebreo para Verdad, Bebé! Reflexiona, oh criatura de ojos de murciélago, sobre la circunstancia de que Amath suma 441, que es el cuadrado de 21, Eheieh, nombre divino de Kether, y también número místico de Tiphereth (vide la cláusula de Tiphereth en «J»: «Me consagraré a la Gran Obra», etc., ¿recuerda?), lo que significa que la Verdad es de Kether el fin y de Tiphereth el medio; además Aleph es el Loco, Kether; Mem el Colgado, Tiphereth; y Tau el Signo de la Cruz y la Virgen del Mundo. Puede leerse por el Tarot (McGregor Mathers): ¡Los locos cuelgan vírgenes! ¿Y qué hay de los sabios? ¡Silencio, bebé

querido! Espera a ser un Arahat en el Ararat, y entonces sabrás todo al respecto, ¡perrita cabeza de escarabajo! Nada como una instrucción temprana y clara, señora Bones. Educa al niño y el bigote... ¿por qué no le consigue a Cecil un poco de Pomada Húngara? Atribuyo la Pomada Húngara a Géminis; y se la llama la Inteligencia Cerosa o Pegajosa, porque pega juntamente todo lo que está pegado y dispone en recta conformación los pelos que están debajo de los supernos en aquel Orificio de la Nariz del Santísimo Anciano que se llama Su Nariz, y distribuye decenas de miles de severidades sobre los Inferiores. Esto es lo que está escrito: «La Nariz que no es una Nariz». Y además: «Su Nariz»[1]; donde no se hace mención alguna del Santísimo Anciano, sino solo de Tetragrammaton. También hemos oído en la Barietha que esto se dice de las Cáscaras (Qliphoth las llamarías tú, ¡Bebé!). Como está escrito: She sells sea shells. No, señora Bones, si estoy borracho, es del Vino de Iaco, el Rocío de la Inmortalidad, la Fuente Lustral en el cáliz del Stolistes o de la Stolistria. O mejor atribúyalo todo a su propio pastel de frutas, ¡y a sus Pasas Terribles, Vengadoras y Punitivas! Pero, como digo, su presunto marido no educa ni a su hijo ni a su bigote; y yo contenderé con él, lucharé con él y lo venceré; sí, le infligiré mi célebre ensayo sobre la Verdad, ¡y nunca más volverá a levantarse! ¿Está escrito a la manera de Immanuel Kant? Sí, pero de Immanuel Kant en la cama con Bessie Bellwood. Las manos son las manos de Schopenhauer, pero la voz es la voz de Arthur Roberts.

Escucha el Jataka, oh hijo de maravilla y de ojos inocentes, y si chillas serás depositado en la carbonera. Superlativamente Honorables Fratres y Sorores de la Orden del Ocaso de Hojalata

(¡compárese con Charles Baudelaire, nuestro Señor!), ayúdenme a abrir el templo (mi boca, señora Bones; la Boca es parte del cuerpo, y el cuerpo es Templo, Colosenses, iv, 15; pueden decir que no necesito ayuda) en el Grado de Diez es igual a Uno, ¡y no lo olviden! *[Lee de un manuscrito.]*

Un ensayo sobre la Verdad, por el muchacho O.M., Miembro de la Orden de la A∴ A∴[2]

Al primer párrafo de «Ascension Day» (amadísimos hermanos) está escrito como un Poste Indicador, y digno es de que se lo grabe con una aguja en el rabillo de los ojos, para que quien quiera ser advertido sea advertido: «¿Qué es la Verdad?, dijo Pilato burlón; pero Crowley espera una respuesta».

Hizo algo más que esperar: tomó medidas activas para descubrirla; y aunque una respuesta en la Clave de la Afirmación, ya en su mismo exordio, dejaría en la miseria al lenguaje humano, podemos sin embargo hacer cierto trabajo para destruir algunas de las falacias menores que oscurecen la visión de nuestros hermanos más débiles, no velando, ¡ay!, sus ojos de la Verdad, sino de la percepción de la Gran Falsedad. Así como en química el colegial tropieza con la ley de los Pesos de Combinación y le cuesta aceptarla, solo para descubrir que la verdadera dificultad del químico es que la ley no es cierta; así como el golfista corrige penosamente su pull y su slice, solo para aprender que el pull y el slice son los golpes maestros del juego; así como la persona brillante y estudiosa llega a la cumbre de su carrera académica, solo para descubrir (si le ha quedado ingenio suficiente después del proceso) que las cualidades que se requieren para el éxito en la vida son un conjunto diferente de

aquellas que le valieron su beca, y aun incompatible con ellas; así también podemos ayudar a esos hermanos más débiles que censuran con desdén la circunstancia de que un poeta, un filósofo, un adepto, un hombre emancipado de cualquier clase, rara vez dice la verdad en el sentido en que se espera que la diga el testigo en un juicio de divorcio, indicándoles la verdadera naturaleza de esas chispas de luz desprendidas de la invisible Corona de Gloria, chispas que ellos han tomado por fuegos fatuos o vapores de pantano, y que rodean (¡lo creen una paradoja inexplicable!) a alguien que, en todos los demás aspectos, es un ser tan alto y puro.

El primer punto es que hacen falta dos para una mentira.

A. le dice a B.: «He vaciado toda el agua de la botella», y dice la verdad.

El estudiante C. le dice las mismas palabras al profesor D., y miente. La botella y su contenido son los mismos en cada caso. *[BONES ríe con desprecio y recibe una mirada de reproche.]* Porque B. quiere un trago y el profesor D. una botella libre de humedad. Esto es una mentira maliciosa si el estudiante C. trata de excusar su desidia, y el accidente de haber vaciado de verdad la botella no lo absolvería.

Esto es Confusión de la Materia del Discurso.

[BONES abre la boca, y vuelve a cerrarla con un severo esfuerzo.

E. le dice a F.: «Juan el Bautista tenía el pelo rojo», y miente (fuera o no rojo en realidad su pelo), porque no tiene fundamento justo para decirlo.

Confusión de la Modalidad de la Aserción.

Cuando el Oyente está en una posición inferior en cuanto al conocimiento, esto cuenta como mentira maliciosa.

La señora G. le dice al padre H. en el confesionario: «No he coqueteado con el señor I.», y miente, porque (según la teoría) el padre H. tiene derecho a saberlo. *[Bones interviene: «¡Coqueteado! Autres temps, Autres mots! ¡Está usted mejorando, Frater!». El lector replica: «¡Cerdo!».]* Pero dice las mismas palabras con verdad a la señora J., que pregunta por mera curiosidad. Porque si cambia de tema, o es descortés, equivale a una confesión, y la señora J. no tiene derecho a arrancársela con engaño o por la fuerza.

Esto se llama Guardar el Voto de Secreto que uno ha jurado a su propia Alma. *[Bones protesta violentamente, y se le recuerda que la discusión sigue a la Ponencia, nunca la interrumpe.]* Pero ¿para qué insistir? Los llamados casuistas de la Iglesia cristiana han investigado exhaustivamente este tema; y todo lo que dicen no es menos verdadero por ser sutil o inmoral, como pretenden los estúpidos y los puritanos. El cardenal Newman habrá tenido sus defectos, pero es al menos un contraste agradable con Gladstone y Kensit. Si mi verdad no es la verdad del Tribunal de Divorcios, es porque mi mundo (¡gracias a Dios!) no es el Tribunal de Divorcios. Prefiero a Cristo antes que a Sir Gorell Barnes como autoridad sobre el Séptimo Mandamiento; y la Interpretación Espiritual de los hechos es la fórmula «Solve» del Alquimista Teúrgico.

¿Qué es un poeta? ¿Cuáles son sus poderes?

Puede mirar del alba al anochecer
cómo el sol que el lago refleja ilumina
las abejas amarillas en la flor de la hiedra;
sin atender ni ver qué cosas son.

Que el señor Franco y el señor Veraz y el señor Desdeño-decir-una-mentira y el señor George Washington Redivivo reflexionen en que hay en el mundo gente con sensorios que alcanzan un rango distinto del de ellos. Existe algo llamado punto de vista.

El Reino de los Cielos es semejante al Hombre de la Luna, que estaba de pie en las orillas del Lago Copérnico y dijo: «¡Qué hermosa salida de la tierra! ¡Qué maravillosas son las sombras oscuras sobre aquel globo de plata! Son como una liebre, como un perro, como un condenado conejo enorme con la cola en la boca. Uno diría que es una joven virgen con sandalias rosadas y el pelo en papelitos de rizar». (Porque el hombre de la luna ha leído a Maeterlinck y al divino Oscar.) El Ángel respondió: «Oh Hombre de la Luna, este es un error que se dice acerca de globos de plata, liebres, perros, conejos, Vírgenes, zapatillas rosadas y los ubicuos productos del inmortal Hinde. ¡Examinemos más de cerca!». Metiendo sin más al Hombre bajo su ala, el Ángel voló sin contenerse hacia la tierra. «El globo es más grande de lo que pensaba», dijo el Hombre. «Curiosa ilusión: es un cuenco cóncavo de azul», dijo el Hombre. «¡No!, sino que es una vasta llanura; y allí van las naves; sin duda, si solo fuera agosto vería a ese gran Leviatán que Tú (dirigiéndose al Todopoderoso) hiciste para que jugara en ella. Pero la temporada tonta ya pasó hace mucho.» Y la maldijo por océano estéril. Por suerte no era Cristo, o al señor Swinburne le habría costado hallar símiles para todo

aquello sobre lo que escribe, desde Blake y Byron hasta Dekker, Dickens, Dionisio, Dión Crisóstomo y Diógenes.

Entonces dijo el Hombre: «No es azul sino gris; es de resonancia lejana y produce un gelasma anaritmético; es salado; es húmedo; es generador de ozono, o mis órganos olfativos me engañan; y ¡oh!, mis entrañas se conmueven dentro de mí como la joven del Cantar de los Cantares cuando el joven...». «¡Silencio!», dijo el Ángel. «Todo esto es ilusión; ¡examina más de cerca!» «¡Es un universo de seres vivos!», exclamó el Hombre, pues lo que examinaba era Agua del Támesis a través del Microscopio de Bolsillo Mercédès de 90 caballos del Ángel. «¡Y oh!, si Dios pensó que eran muy buenos, ¡qué gustos peculiares debe de tener!» «¡Mira más de cerca!», dijo el Ángel, tendiéndole unas Gafas de la firma Kelvin, Boscovitch, Hijo y Haeckel. «Ahora no se ve nada», dijo el Hombre, «sino una concepción puramente geométrica de la mente, y contradictoria consigo misma, por añadidura.» «Vuelve a la luna», dijo el Ángel, arrojándolo allá con el impulso flexible y a la vez poderoso que le había hecho ganar la prueba de Lanzamiento de Pelota de Críquet en el Atletismo de la Universidad Celestial y le daba derecho a llevar una cinta Azul Oscuro alrededor de la corona (porque «Como arriba, así abajo»: Oxford produce Ángeles y Cinaedes, Cambridge solo hombres). «Vuelve a la Luna, y ¡cuidado! ¡Nada de Cuentos de Viajeros!»

Esta cuestión del punto de vista nos lleva naturalmente a considerar el discurso de aquellos para quienes el Dominio del Samadhi ha cambiado radicalmente el aspecto del Universo. ¿Cómo responderá un dios a un hombre?

El Frater Neófito K. pregunta a nuestro S. H. Frater L. 8°=3□: «¿Existen los espíritus elementales en el sentido científico?».

Ahora bien, el Frater L. sabe que existen (así como el profesor Ray Lankester aseguraría a un hotentote la realidad de los objetos microscópicos), pero también sabe que no existen, puesto que todo no es sino un velo ilusorio del Indecible Arcano en el Adytum del Silencio nutrido por Dios.

El Frater L. responderá por tanto ¡Sí! si piensa que el Frater K. está en peligro de escepticismo. Responderá ¡No! si piensa que el Frater K. es un curioso. En ninguno de los dos casos tendrá en cuenta el hecho de la pregunta, a menos que (con una sonrisa secreta) desee por su propio bien afirmar la ilusión de todos los pensamientos. En ese caso está en realidad más cerca de la «falta de veracidad» que de otro modo, aun cuando su respuesta coincida por azar con el hecho.

Esto se llama Percepción de la Ilusión de la Oposición de los Contrarios.

Asimismo, el profesor M. responderá con verdad a la pregunta de su discípulo N.: «Maestro, ¿tiene usted hambre?», «No lo sé», o ensombrecerá el θάλαττα θάλαττα de Jenofonte con φάντασμα φάντασμα, o aun κολυμβήθρα κολυμβήθρα. Porque es escéptico respecto del instrumento del conocimiento. Pero mentiría si dijera las mismas palabras (tomando el segundo ejemplo) a un soldado raso de los Diez Mil que no supiera quién era él, sino que lo tomara por una persona conocedora del lugar.

No le importaría, sin embargo, un óbolo si mentía o no, a menos que estuviera haciendo experimentos relacionados con el tema.

Lo que le importaría sería si su respuesta mostraba o no que estaba pensando como un filósofo escéptico. Si así fuera, bien.

Esto nos lleva (¡con cuánta sutileza!) a una afirmación que no deseo sostener con pruebas. Imagino que el que sea capaz de recibirla la recibirá.

Esta es la Verdad: que uno se ocupe de sus propios asuntos, y de nada más en absoluto. Si entro en tu laboratorio, oh Miembro del Instituto de Química, que proclamas que aspiras a la Gran Hermandad Blanca, y te pregunto: «¿Qué estás haciendo?», ¿responderás «Estoy extrayendo las enzimas de este fermento», o más bien «Estoy aspirando a la Gran Hermandad Blanca»? Y si esa pregunta te desconcierta, como bien puede, puesto que cualquiera de las dos respuestas es en algún sentido una mentira, ¡entonces cuida, digo, de no mentir al Espíritu Santo! Quizá algunos piensan (¿se me creerá?) que Shakespeare escribió los versos:

> Sé fiel a ti mismo,
> y se seguirá, como la noche al día,
> que no podrás entonces ser falso con ningún hombre.

Es un aforismo digno. Que la conciencia esté siempre dirigida hacia el Yo (¡con cualquier Nombre que Te llame, Tú eres Sin Nombre por toda la Eternidad!), y se evita la posibilidad de mentir.

Porque uno no habla, ni, si hablara, hay nadie que oiga.

Sepan que cuanto mayor es el Adepto, más veraz es; si él (por error) hablara, tanto más debe parecer mentiroso a aquellos de sus semejantes que oyen su voz. Porque él habla como quien contempla el Rostro de Dios; ellos oyen como ídolos, obra de manos de hombres, que tienen oídos y no oyen, ni tienen entendimiento alguno. Por eso las palabras casuales de los Adeptos han sido mal oídas a través de las edades; por eso el mundo ha corrido rojo de sangre porque los Adeptos han dicho la Verdad, y la falsedad de ella ha hecho resonar su llamado sepulcral por los Salones que los hombres llaman Tiempo.

[Bones hierve de furia. Mrs. Bones le acaricia la frente de mármol.

Ahora bien, ha ocurrido que algunos de los Adeptos más jóvenes, los ligeros de corazón y necios de la Gran Hermandad Blanca, los que con más frecuencia recaen en la conciencia normal del Universo, de modo que aun sus alas puras se manchan en el fango de la sensación, la percepción, la razón y toda su inmunda ralea, algunos de esos muchachos, digo, olvidan la Escritura del Velo exterior del Indecible Arcano, aquella runa que está escrita, «¡Ninguna existencia separada!», en letras de oro sobre la plata del velo (así como dentro está escrito «¡Ninguna existencia!» en letras de plata sobre el oro del velo).

[Bones sonríe, viendo el modo de destruir el argumento de la Ponencia.

Esa runa olvidan esos muchachos, ¡miserables!

Por eso, perdidos en las profundidades impensables de su depravación, sueñan sueños malos llamados «Otros»,

«Semejantes» y cosas por el estilo («Semejantes» es en realidad una pesadilla tan espantosa que solo los «aprobados raspando» de la G. H. B. la sueñan alguna vez, ya que implica el fantasma horrendo y espeluznante de la «humanidad»).

Ahora bien, en sus mejores yoes hay cierta fuerza cuyo reflejo turbado se llama «Amor». Esto tiñe el sueño, y al instante sienten compasión por los «Otros» (que, no siendo más que partes no purificadas de su conciencia, simplemente necesitan ser aniquilados) y se ponen a trabajar (¡háganme el favor!) para redimir a esos «Otros», para iniciar a esos «semejantes», para emancipar a esos «seres separados».

[El tono amargamente sarcástico de este pasaje hiela la sangre de Mrs. Bones, que se apresura a preparar más café.

Por eso resuelven anunciar la Verdad a los hombres, para que la Verdad los haga libres; de ahí a la Ballena de Jonás no hay más que un paso.

Ahora bien, el proceso de despertar de esos sueños malos, de levantarse a la Aurora de Gloria que es la verdadera conciencia del Adepto, de aniquilar esos fantasmas turbados, puede implicar algún trato simbólico con ellos; pero yo me inclinaría a afirmar que nunca necesita llegar tan lejos como para postular su realidad, aunque posiblemente uno podría concebirlos como crédulos hasta ese punto.

Uno solo podría dañarlos, sin embargo, permitiéndoles tener pensamientos tales (que implican mayor discriminación) como la percepción de los pares de opuestos como reales. De hecho, a mi pensamiento «Bones» se le puede permitir creer que es real, y

que no hay otro Dios fuera de él (porque semejante pensamiento apenas es una ilusión); pero Bones no debe pensar, ni pensará, que hay una oposición entre negro y blanco, bien y mal, verdad y falsedad.

Uno de nuestros hermanos más débiles (¡y yo, ay, había confiado en él como fuerte entre los fuertes!) se jactaba hace poco enormemente de esta percepción de la Ilusión del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal (aunque «¿Por qué, en nombre de la Gloria, estaba orgulloso?», considerando que tenía el dictamen auténtico de los mismísimos Tikkunim para referir ese Árbol a Malkuth, el primero y más fácilmente quebrado de los falsos fuegos de Loki que rodean a la Virgen del Mundo); y sin embargo pasó una semana o algo así, y se lo encontró poniendo reparos sobre una cuestión de mera exactitud verbal. *[Bones, herido en la conciencia, protesta débilmente.]* La verdad y la falsedad en el sentido británico de «Soy un hombre llano, señor, y me gusta una respuesta llana a una pregunta llana» no son, en el terreno más bajo, sino detalles de la Moral; la Moral no es sino una rama de ese Árbol del Conocimiento; y sin embargo el Adepto puede caer tan lejos de su conciencia samádhica que se lo encuentra recordando con ardor atávico las últimas instrucciones de su padre antes de partir de casa hacia el colegio («y, Talbot, cuida de decir siempre la verdad, pase lo que pase»), siendo el propio «Talbot» una mentira deliberada dicha bajo el sagrado sello del bautismo con la tonta esperanza esnob de persuadir a los extraños de que sus antepasados fueron todos Talbot, y de que solo por alguna complicación de la loi Salique su apellido es Stubbs, aun cuando, como es notorio, este no sea sino una honrada corrupción británica de St. Hubert.

Una vez que se deja La Verdad, como sea que la mente interprete ese Aleph del Lenguaje Samádhico, parece que no hay camino de regreso a ella. Así el Samadhi llega como un golpe, como una negación, como una cesación, porque solo por la destrucción puede uno alcanzarlo. El Samadhi nunca es el ideal Castillo de Naipes que uno piensa construir; pero el derrumbe de semejante castillo puede significar algo. El derrumbe de Babel por Temurah (en el modo Athbash) es Sheshak (Jeremías, xxv, 26), 620, Kether. No se puede construir un Adepto, adiestrarlo, criarlo, ni siquiera imaginarlo o crearlo; pero destruyendo todos los pensamientos de un hombre, ¿qué queda?

David, según concebimos, no entró en ninguna intriga para obtener la Corona de Israel; al contrario, mató a un león y a un oso[3] que se alzaron contra él; y cuando además hubo destruido a Goliat[4], el profeta lo buscó y lo ungió Rey sobre Israel.

Sin duda, el que es ungido será coronado. En verdad; pero ¿cuándo? Cuando no solo Saúl el usurpador, sino también Jonatán, a quien él amaba más que a su propia alma, estén Muertos.

No oímos hablar de la resurrección de Jonatán; no leemos de un Pabellón Conmemorativo de Jonatán en el Hospital de Enfermedades Venéreas de Jerusalén; ninguna palabra nos ha llegado a través de las edades de un Día del Panal, en vista de que la prímula no es autóctona de Palestina.

[Risas y vítores.

Jonatán estaba muerto, y David probablemente dejó que los muertos lo enterraran. ¡Ven Tú y sígueMe!, añade Cristo a una

exhortación semejante, y mientras pasamos con una sonrisa compasiva por encima de la antítesis, o admitimos que no es sino ponerse a la altura de su oyente, debemos reconocer con adoración la Unidireccionalidad del mandato. Que todo muera, y quede muerto. Que haya una sola cosa, que es Ninguna cosa. Basta.

Tal es el necio intento del muchacho O.M. de instruir a los adultos con quienes lo arroja la fuerza de la Gran Falsedad. ¡Que se haga como un niño pequeño!

Ha procurado escribir la Verdad; ¿hay alguien dispuesto a recibirla? ¿No será malentendido? ¿No gritará un grupo de necios «¡Casuista!», y sus hermanos gemelos exclamarán: «¡Aquí, en verdad, por fin brillan la sabiduría, y la virtud, y la verdad omnisciente!»?

No: porque el Ensayo y el Oyente, ¿qué son sino demonios con cara de perro, que no manifiestan signo alguno de Verdad, sino que apartan siempre de los Sagrados Misterios? Afirmen su identidad con el Uno que es Ninguno, o destrúyanlos: estos son los dos aspectos del supremo Ritual, y estos dos son uno, que es Ninguno. Hasta aquí la voz auténtica de O. M. *[Silencio respetuoso.*

El Presidente. Ahora, señor Bones, con el acento en el Ahora, tendremos mucho gusto en oír las observaciones que usted desee hacer.

Mr. Bones. Todos hemos escuchado, estoy seguro, con gran atención la valiosa ponencia del señor Bowley. A esta hora avanzada, sin embargo, mal me correspondería... *[¡No! ¡No!]*

poco se ajustaría a la disposición de esta asamblea que yo... *[Una voz: «¡Corte el cacareo, hombre, y vaya a los caballos!».]* estoy seguro de que nuestro Muy Honorable Frater... *[Una voz: «¡Más fuerte!».]* ¡Les trueno en los oídos! Es una buena ponencia, pero es todo B. A. S. U. R. A. Basura. *[Los cantores de villancicos empiezan afuera el himno:*

> En la cama del hospital yacía
> pudriéndose, ¡pudriéndose to-oda!

Salida de Mrs. Bones para dispersarlos.] Lo que principalmente deseo señalar es este elemento de contradicción en la valiosa ponencia que todos, estoy seguro, hemos escuchado con notable placer. *[¡Oh, déjelo ya!]* ¿Me dieron la palabra a mí, o a ustedes?

El Presidente. Orden, si me hacen el favor, Muy Honorables Fratres. El señor Bones tiene la palabra.

Una Voz. ¿Qué dirá la señora Bones a eso?

El Presidente. *[Severamente.]* Si hay más interrupciones impropias de este tipo, haré desalojar la Sala.

Mr. Bones. Gracias, señor. La valiosísima ponencia a la que estoy seguro... *[Tumulto.*

El Presidente. Todos los que estén por debajo del grado de Señores de la Ausencia de Senderos en el Abismo del Gran Golfo Fijado tendrán la amabilidad de abandonar la Sala. Yo mismo daré el ejemplo.

[Salen. Bones y Bowley soli.

Bowley. Su método de guardar silencio es bueno. El diálogo es la mejor forma, después de todo. Pero ¡silencio!, ¿quién viene?

Entra el Único Yeats, con flor de manzano druídica en el pelo y la druídica red de estrellas en una mano. Hace su número y sale.

Bones. Para continuar: ¡Cierto! Y diciendo «cierto», discutamos la «verdad». En los mundos inferiores, ¿dónde estamos? Tome a esta frívola señora I. ¿Por qué elude a la señora J.? Por miedo.

Bowley. El miedo es fracaso.

Bones. ¡Más, M. H. Frater! Es el precursor del fracaso.

Bowley. Ciertamente recomiendo a la gente que esté sin miedo.

Bones. Tanto más cuanto que en el corazón del cobarde no habita la virtud.

Bowley. ¡Pasa tú adelante!

Bones. Tomo en mi mano la página 39 de su hábil monografía y sigo a mi guía Axiokersos, el Segundo de los Kabeiri de Samotracia, hasta el Portal en cuyo velo está escrito «¡Ninguna Existencia separada!». Si afirmo mi propio punto de vista, niego la Unidad... Pero ¡silencio!, ¿quién viene aquí?

Entra Whitehead, equilibrista, hace su número, hace burla con la nariz y sale.

Bowley. Respecto de lo que usted decía hace un momento, ¡no se puede jugar a Kether allá abajo en Malkuth!

Bones. Desprecio el comentario. ¡Espere! Respondiendo al necio según su necedad...

Bowley. Se rebaja usted a su nivel. Pero ¡silencio!, ¿quién viene aquí?

Entra Nogah.

¡Mi pedacito de dulce!

[Exhibe su Esplendor Externo y su Corrupción Interna, y sale.

Bones. En cuanto a los niveles, sin embargo, todos los niveles son uno. Si cancelo a y –a, el resultado es el mismo que si cancelo 1000a y –1000a. Solo me interesa cancelar.

Bowley. Muy bien, mi alegre 10=1; en Kether todo eso está muy bien. En el Ruach hay que hacer lo que hace el Ruach.

[Mrs. Bones, afuera, gritando: «¡Mis cucharas! ¡Mis cucharas de plata! ¿Dónde están mis cucharas?».

Bones. ¿Y entonces qué es de nuestra Gran Obra?

Bowley. Ignorar al necio y sus preguntas tontas es una fórmula tan buena como la suya. Pero ¡silencio!, ¿quién viene aquí?

Entra el Misterioso Mathers, pero, al no lograr que le presten los objetos necesarios, no puede ofrecer su actuación, y sale.

Bones. Esta acción sí que interrumpe el diálogo.

Bowley. ¡Vamos! ¿Cree usted que he estudiado durante años el Drama Británico para nada? *[Voces afuera, quejándose de pérdidas materiales.*

Bowley. Como iba diciendo, yo preferiría destruir al necio ignorándolo a él y a sus preguntas tontas. Pero ¡silencio!, ¿quién viene aquí?

Entra Nehushtan y ejecuta la Danza Serpentina. Sale.

Bones. En respuesta a su último comentario, usted y yo estamos lo bastante cerca de los Salones de la Gran Orden como para saber cuán secreta es la Hermandad. ¿Y si su necio con su pregunta tonta fuera un Maestro del Templo que le habla en lenguaje samádhico?

Bowley. Mi querido amigo, lo destruiré tan pronto como al resto. ὀὐ μή es mi respuesta a Binah tanto como a Jesod. Pero ¡silencio!, ¿quién viene aquí?

Entra Shadai L. Hye, canta sus canciones y sale.[5]

De todos modos, todo esto es un tonto pedacito de moral. Surgió de mi intento de ahorrarle dolor a mi esposa ocultándole el hecho de que no era, según la gran frase de Emerson...

Bones. Washington Irving, creo...

Bowley. Algún yanqui: la única ostra del guiso.

Bones. ¿Quién le dijo a usted, Supremo Mago de nuestra Antigua Orden *[con profundo sarcasmo]*, que anduviera por ahí ahorrándole dolor a la gente?

Bowley. Me rindo. Pero de veras le digo que nunca alcanzará la Hermandad hasta que no haya vencido genuinamente la Ilusión de los Pares de Opuestos. La veracidad y la mentira son tan opuestas como el blanco y el negro, el bien y el mal...

Bones. A veces dudo de que alguno de ellos sea en absoluto opuesto. La próxima vez que suba corriendo a Kether, ¡mire hacia abajo por el Árbol y vea qué aspecto tiene la Verdad desde

allí! Tome el caso del calor y el frío, en otro tiempo los opuestos típicos. Hoy concebimos un cuerpo caliente como uno en violento movimiento interno, y un cuerpo frío como uno en movimiento moderado.

Bowley. Rápido y lento.

Bones. O incluso (para conceder al enemigo toda ventaja, digamos) en movimiento y en reposo. Pero estos no son opuestos. Cero y la unidad no son opuestos.

Bowley. Sin embargo, en otro sentido dos cosas cualesquiera son opuestas.

Bones. Eso es otra vez en Kether. Si usted quiere cancelar un número, sin embargo, el cero no le sirve; necesita una cantidad negativa.

Bowley. Lo cual (sin duda va usted a decir) exige una interpretación geométrica, y bastante convencional, por cierto.

Bones. Sí; aun el Ruach puede en cierto sentido librarse de los Opuestos. ¡Cuánto más, entonces, cuando observamos el asunto desde el punto de vista del Samadhi!

Bowley. ¿Entonces cuál es la conversa de la Verdad?

Bones. Mi querido Pilato, ciertamente no es la falsedad. Una línea torcida no es la contradictoria de una recta. Las curvas y los ángulos por igual excluyen la línea recta y...

Bowley. Ninguna proposición puede tener dos contradictorias lógicas.

Bones. Ahí paso.

Bowley. Keynes.

Bones. Ciertamente lo habría declarado homicidio justificable si el comentario hubiera sido de Abel.

Bowley. Nuestra vieja amistad…

Bones. Todo eso está muy bien; usted sabe que yo nunca habría hecho semejante comentario en la vida real, y es de pésimo gusto ponérmelo en la boca en un diálogo en el que no puedo evitarlo, sino que tengo que decir exactamente lo que a usted le plazca.

Bowley. ¡Oh, vamos! Le he dado a usted los mejores parlamentos. El Señor lo dio… ¡cuidado!

Bones. Confío en su honor. ¿Dónde estábamos? De todos modos, le digo esto: como fórmula es estupenda.

Bowley. Ahora bajamos otra vez al Mago Negro y su círculo; muy bien, estoy con usted. Sin embargo, nunca puedo dejar de sospechar en usted algo de moral; es usted un tipo endiabladamente hondo, pero el atavismo asoma. Mientras use una corbata que el cavernícola de Neanderthal habría descartado por pasada de moda, nunca podré clasificarlo del todo en este siglo.

Bones. Antes que Abraham fuese, yo soy.

Bowley. *[Sin hacer caso.]* Yo la llamo una corbata cristiana. Fe en que el afecto de su esposa la sobreviva; caridad, que no se avergüenza; esperanza… no, solo Hope Brothers.

Bones. Esto es en cierto modo una digresión…

Bowley. Puedo probar…

Bones. Sé que puede. No lo haga.

Bowley. Bueno, en cuanto a la verdad. Sin duda tengo razón al decir que «No lo sé» y guardar silencio (ambas fórmulas subjetivas) valen tanto como la suya de decirle la verdad a un hombre en el sentido en que él la entiende.

Bones. Sí; puedo concederle eso; pero mi fórmula también es buena.

Bowley. Prometo probarla.

Bones. Tiene usted dos ventajas. Una es la Magia común o de Jardín: uno adquiere el hábito de decir la verdad en el bajo sentido material objetivo, y la naturaleza está obligada (como dice Levi) «a acomodarse a la afirmación del mago». Así, uno puede tomar un hierro o un carbón calientes diciendo «No quema», y no quema.

Bowley. Lo he probado. Pero pensé que era cuestión de valor y de voluntad.

Los hindúes tienen un juego que llaman el Acto de Verdad. Me acuerdo de que una vez el rey Brahmadatta, o algún burro por el estilo, quería cruzar el Ganges con su ejército y, como un tonto, no había traído pontones; así que anduvo puteando de acá para allá un rato larguísimo como una gata cuando le echás pimienta en la nariz, y al rato se aparece «bueno, no voy a decir una , pero sí una dama sin ninguna reputación», y dice: «¡Caramba, rey!, ¿por qué no vamos y les damos una buena paliza a Bhishma el de los brazos largos y a toda esa banda?». «¡Muy bien, descarada!», dice Brahmadatta, «¿y cómo vamos a cruzar la condenada zanja?».

Tranquilo, viejo gallo, gorjea la preferida de la populosa pero no salvada población de la India. Hazte a un lado un momento y deja actuar a la Intrépida Daisy de las Cloacas del Decán. Miren, muchachos, yo soy una... bueno, ¡lo que llega a ser una chiquilla si es buena!, y he sido de las buenas de verdad y siempre le he dado a cada hijo de una... ¿cómo era? (¡vaya, vaya!, esta historia es muy difícil de contar) que coqueteó conmigo lo que valían sus dólares, y Dios sabe cuántos centavos de vuelto, sin mencionar un montón de cosas raras que no voy a detallar, de yapa. Cualquiera en este ejército que lo niegue puede venir cuando quiera y saldar cuentas sin cargo.

Entonces el río retrocedió y Brahmadatta lo cruzó a pie y le aplicó el Toque Togo a Bhishma el de los largos brazos, y barrió el maidán con el compadre Bhima, y le dio un puñetazo en el ojo al Muy Honorable Frater Dritirashtra, y liquidó al Viejo Saraswati, y partió a Sir Jnanakasha desde el ombligo hasta las quijadas, y en general hizo un Gran Slam en Espadas. ¡Cualquiera, salvo un hindú ignorante, habría declarado Corazones y habría mandado a la chica a cruzar en una balsa!

Bones. No lo veo del todo.

Bowley. Yo tampoco. Pero así es la historia.

Bones. Supongo que la devoción a la propia profesión es una forma de la Verdad. Pero aun si, como dices, a menudo es cuestión de coraje y de voluntad, esas son precisamente las cualidades que estimula este decir la verdad. Responderle "Nada bien" a una dama que pregunta cómo le queda el sombrero es un gesto digno de la Cruz Victoria.

Bowley. A mí me parece mera grosería.

Bones. ¡No! La dama no sale peor parada por la estocada a su tonta vanidad; y aunque se enoje o se enfurruñe, lo recordará a tu favor cuando surja algo serio.

Bowley. ¡Perro! ¡Demonio! ¡Sátiro maquiavélico! Palabra, señor... me faltan las palabras.

Bones. Una cosa más: la primera verdad es la que cuesta decir; el hábito se adquiere con facilidad.

Bowley. Sabes qué mentiroso experto he sido siempre. Conoces mi capacidad para hacer una confesión plena y veraz de incontables crímenes sin iluminar a un alma. Conoces mi máxima desvergonzada: "Di la verdad, pero lleva una vida tan improbable que la verdad nunca sea creída". Para probar tu fórmula tengo que dominar no solo mis palabras, sino mis tonos, la forma de mi boca, la alegría de mis ojos, ¡la pronta ambigüedad de mis hombros!

Bones. Un buen ejercicio, Frater.

Bowley. Otra cosa. Después de todo, soy un Poeta. Eso del sol reflejado en el lago que ilumina a las abejas en flor es cierto. A menudo mantengo largas conversaciones con la gente, y descubro mucho después que yo no estaba allí en absoluto. A menudo sueño y quedo sinceramente perplejo sobre si lo que soñé ha ocurrido o no.

Bones. Niégate conscientemente a admitir que tu sensorio no es el de otro: eso es todo. En cuanto a mi segunda ventaja... Hermano, ¿qué es un Mago Negro?

Bowley. Un hombre audaz y malo, hermano.

Bones. ¿Y qué hace, hermano?

Bowley. Compra huevos sin regatear, y los cuernos de un macho cabrío cum guo, y cráneos de parricidas, y varas, y dagas, y Toallas Higiénicas, y

Bones. ¿Y después qué hace, hermano?

Bowley. Se consigue un círculo hermoso y grande

Bones. [Con voz de trueno.] ¡Basta! ¡No parodies las palabras más formidables que la agonía haya arrancado jamás de los labios de la iniciación! Trabaja en un círculo, hermano. Dice: Estoy adentro, y no puedes alcanzarme. ¡Dice que Uno y Uno son Dos!

Bowley. ¡El judío blasfemo! Quiero su hígado.

Bones. ¡Para tu propio caldero, hijo depravado de Belial que eres!

Bowley. Ya veo. Cuando uno está arriba en 10=1 o por ahí, y ve que los demonios con cara de perro son solo ilusiones (con el resto de Maya), no tiene sentido mantenerlos afuera. Una vez que uno comprende el Universo como L.V.X. Infinita, ¡al Infierno con el Círculo, que entre todo a raudales!

Bones. ¡Buen muchacho!

Bowley. Muy bien: estamos de acuerdo; pero el problema es que me parece que subes corriendo a Kether en busca de una actitud, y después la bajas a Malkuth. Tomas a la Virgen del Mundo y juras que tiene una Barba Venerable con trece Fuentes de óleo

magnífico que corren por ella. Si todo es uno, ¿por qué no cepillarse el pelo con una horquilla?

Bones. Es un asunto muy difícil de tratar con palabras; en la práctica nunca hay duda ni vacilación. Lo que digo de Kether, por supuesto, no es verdad; ni siquiera puedo conocer la verdad a menos que esté realmente en Kether. Si describo el Samadhi, fracaso. Tú entiendes lo suficiente (quizá) para estar seguro de que estuve allí; pero ¿cómo va a juzgar un extraño?

Bowley. Cierto; Buda, Cristo, Mahoma, todos intentan describirlo: ¡qué grande es la contradicción de sus enseñanzas!

Bones. Sobre todo interpretadas por seguidores que se revuelcan por completo en el Ruach.

Bowley. ¿Lo dejamos ahí? ¿Que Bones encuentra en la verdad objetiva un Camino para subir por el Árbol, y un Fruto en la rama más alta?

Bones. Soy más positivo que eso.

Bowley. ¡Menos Zoroastro y más Pirrón, por favor, Señor, para el Hermano Bones! Si no, caerás en el camino de Pablo y perecerás en la contradicción de Mahoma.

Bones. Te obstinas en la necesidad de desdeñar los resultados objetivos de la iluminación. Pero consideremos al hombre perfecto.

Bowley. Ay, hermano, esto es empalagoso.

Bones. ¡Asno! Vive (es verdad) en Kether; pero su mente y su cuerpo, perfectos como son, funcionan, por así decir,

automáticamente, en su propio plano. En este momento no tengo la menor conciencia de que mi corazón late; ¡ni siquiera es una ilusión! Y sin embargo mantiene su justa relación con las demás cosas ilusorias. Del mismo modo, sin duda, un adepto no tiene conciencia alguna de los actos y pensamientos que realiza, actos y pensamientos que parecen implicar una volición consciente. ¿Y tu poesía?

Bowley. Ciertamente, nunca soy... muy rara vez... muy, muy rara vez soy consciente de lo que voy a escribir, de lo que estoy escribiendo, de lo que he escrito. Sé, por ejemplo, a grandes rasgos, que esta noche hemos estado hablando de la Verdad. ¡Pero que el Cielo me ampare si intentara reproducir los argumentos o repartir los parlamentos! Gran parte de mis versos es el mero reflejo de mi arrobamiento, un arrobamiento quizá de naturaleza diferente. Me enamoro y escribo "The God-Eater"; veo el Citlaltépetl, ¡y sale "Night in the Valley"! "Lo que él vertió por la boca del molino como una Sonata 33 (¡imagínense!) sale de la tolva como Barro flamante, nada más, el Himno de los Shakers en sol con un fa natural, o las Barras y Estrellas en cuartas consecutivas". No soy un poeta; soy una máquina de escribir. Una máquina muy compleja, capaz de ajustarse y mejorarse a sí misma; pero no puedo dictar ni siquiera una carta comercial. La máquina necesita al Operador antes de que pueda pulsarse una sola tecla. Si Bowley se vuelve loco (los cuartos dicen "más loco"), o muere, nuestro Superlativamente Honorable Frater Fulano ha perdido su máquina y debe encontrar otra; y esa es la vista desde Binah; pero la vista desde Chesed es: "Mantengamos esta máquina en perfecto estado, por si nuestro S.H. Frater quiere dictar".

Bones. Exactamente; y si el Hermano Bowley sigue mintiendo, nuestro S.H. Frater un día pulsará la tecla A y encontrará una B en el papel. Entonces probablemente dirá: ¡Al diablo la máquina!, y lo hará.

Bowley. Estamos dejando la exactitud y revolcándonos en la analogía. Hemos subido y bajado por los planos hasta parecernos menos a Adeptos Exentos que a monos en un palo; nosotros

Bones. Mejor nos vamos a dormir.

LA PIEDRA DE LOS FILÓSOFOS QUE ESTÁ OCULTA EN LA MONTAÑA DE ABIEGNUS

"Y una mujer dejó caer un pedazo de una rueda de molino sobre la cabeza de Abimelec, y le quebró el cráneo." Anón.

"Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará." Anón.

"Qu'est-ce donc, en verité, que ce pierre? C'est le fondement de la philosophie absolue, c'est le suprême et inébranlable raison." Levi.

"Un día, cuando estaba solo del todo,
encontré una piedrita maravillosa.
Yacía olvidada en el camino,
lejos de los rumbos de la morada del hombre.
Cuando puse mis ojos en esta piedra
vi mi Tesoro hallado al fin.
¡Oh piedra, tan roja y rara y sabia!
¡Oh fragmento del Paraíso lejano!"
Machen.

LA PIEDRA DE LOS FILÓSOFOS QUE ESTÁ OCULTA EN ABIEGNUS, LA MONTAÑA ROSACRUZ DE INICIACIÓN

HOLBEIN HOUSE sugiere más bien a Hogarth. Es uno de esos cuarteles sórdidos donde el Sargento instructor del Realismo, la Sociedad, encierra a sus soldados rasos. Quien vea a un habitante de allí deberá creer desde entonces y para siempre en la predestinación de los condenados. ¿Hemos progresado tanto como para interpretar el dicho "La casa del inglés es su castillo" a la luz del hecho de que una vez un hombre yació muerto en su cuarto durante siete semanas, sin que nadie lo molestara?

Hasta aquí el Socialista. A él entra un Hombre. Dice que el destino de los hombres no es nada; medimos las cordilleras por sus picos, no por sus llanuras. Y en seguida el Hombre debe buscar en Holbein House alguna corona de la época, alguna Venus que flote recién nacida en ese Mar Muerto, algún Dios recién posado en ese Limbo. Como también está escrito.

Lo seguimos hasta su buhardilla más pequeña, abandonada por las ratas, puesto que no encontraron ni espacio ni comida, pero habitada por hombres. Arthur Gray era un poeta que había abandonado por igual el favor de su padre y su fábrica de mermeladas. Sin que le importara nada más que sus libros, vivía en Holbein House, año tras año. Mirando la pared ciega de enfrente, había visto a Dios cara a cara, y había muerto. Cuando hablaba no lo entendían, pues sus palabras eran las palabras de un Dios muerto.

Basil Gray, su hermano, había venido a toda prisa desde el África Occidental para verlo. Basil acababa de hacer la gran marcha de Tetuán a Lagos, y el amor de su único hermano ardía fuerte en él, y el hambre de su rostro.

Basil, mirando la cara ciega del desierto, con el cuerpo marchito en el horno de la arena, había visto a Dios cara a cara, y había muerto.

Basil hablaba, por lo tanto, como habla un Dios muerto, y solo los niños lo entendían.

En Gibraltar, de regreso, se había topado con Denzil Roberts, ese trotamundos tonto, laicista y filántropo suelto. Denzil acababa de volver de un tonto "viaje sentimental" por España, y contemplando el atardecer desde la torre occidental de la Alhambra había estado cerca de ver a Dios.

Entristecido y cuerdo, sin embargo podía reconocer la magnífica locura de Basil, y había venido a casa con él para aprender el camino a la puerta que los hombres llaman Locura.

El cuarto ocupante de la habitación era el amigo más antiguo de Arthur; más aún, su maestro.

Una investigación desesperada, la vida arriesgada una y otra vez de maneras extrañas, incomprensibles para la multitud porcina, un propósito firme que equilibraba siempre cada pensamiento con su opuesto, lo habían llevado al fin al dominio de las cosas.

Con tanto fervor contemplaba a Dios, y moría, que Dios le había dado de Su propia vida, y lo había enviado entre los hombres.

Pero los hombres no lo conocieron. Solo los niños pequeños podían entender su sonrisa extraña y grave.

El quinto hombre era un erudito en letras clásicas; el mucho saber lo había vuelto loco. Sin embargo, por bien que conociera el griego y el latín, todavía no había leído lo suficiente para ver en ellos la imagen luminosa del Creador.

El último era un médico que, mirando siempre la locura, se había vuelto loco él mismo. También él veía a Dios, pero, como ya estaba loco, no moría. Los hombres creían entenderlo, y por eso lo vilipendiaban. Como estaba loco, no le importaba.

Todos estos hombres fumaban mucho, y el silencio del mundo pesaba sobre ellos.

Solo cuando el Hombre y el Socialista, buscando invisibles algún pináculo en las llanuras de Holbein House, como Sigiri brota de la meseta plana de la provincia central de Ceilán, dieron con ellos, su influencia los despertó a la vida.

Haré que conversen, dijo el Hombre (que era el Diablo), como para llevarte a un monte muy alto y mostrarte todos los reinos de la tierra. Ya los he visto, dijo el Socialista. Pero, dijo el Hombre, las cosas se ven muy distintas desde esa altura.

La pobreza y el vicio son lo mismo desde cualquier punto de vista, empezó el Socialista.

¡Escucha!, dijo el otro.

Arthur Gray estiró las piernas tanto como lo permitía la habitación. Maestro, se le apagó la pipa. Léanos aquel cuento de su encontronazo con Asmodee en Escocia. Si algún lugar pareció

jamás desafiar a Dios, "es este, es este, es este". ¡Afine nuestros instrumentos, maestro!

El hombre corpulento guardó la pipa. Su hermano, dijo, reconocerá el título.

Y aclarándose la garganta, comenzó:

هو الله الذلى لا الله الا هو

O LA CONVERSIÓN DEL DIABLO

Veo de noche entre las aulagas
al Diablo que camina a contrasol.
Silencioso como piedra, como la Esfinge,
me siento en los arenales de la costa
y escucho el hechizo centelleante
de Asmodee, el Macho Cabrío del Infierno.

Conjura las noches grises
y cardenalicias de Dahomey,
donde ante reyes y caboceros
se precipita el gato llameante del Infierno;
donde las brujas hacen girar sus tetas colgantes
chillando todavía al tambor que bate
su llamado monstruoso a la carne de hombre
que sisea y borbotea en la sartén.
"Hua es Dios", me deletreaba;
"No hay otro Dios sino Él".

Conjura los mares que se hinchan
ante las huestes de Gabriel,

entre las Luces, en vuelo de Ibis,
que hace girar la Espada y la Balanza de la Justicia.
El alto navío encalla: el rugido desgarrador
de la muerte devora la guerra horrenda
donde los hombres arrojan a las mujeres a la cubierta
y dejan a los niños gimiendo en el naufragio.
Mira el destello dentado del relámpago
deletrear la señal con su latigazo:
"Hua es Dios" (desgarró el mar),
"No hay otro Dios sino Él".

Conjura el resplandor grasiento
de Rupert Street junto a Leicester Square,
cuyos esclavos empapados de sudor y de pintura
enferman el alma y la hacen desfallecer.
¡Construye con las escamas viscosas del vicio
un solo basilisco concentrado!
"¡Piensa!", se ríe el diablo, "en todas partes
está Rupert Street junto a Leicester Square".
"¡Cierto!", respondí, "me deletrea:
No hay otro Dios sino Él".

Conjura la turba repugnante
de cristianos que se arrastran adentro y afuera,
un espectáculo tan encantador para los sabios
como gusanos en los ojos de una doncella.
De capilla, iglesia y sala de reuniones,
de burdel, hospital y tumba,
de palacio, taberna, asilo de pobres, prisión,
fábrica, tugurio, se ha levantado su limo.

El Diablo dijo: "¡Aguza el ingenio!
Vomita estas disentéricas...". "Es
una lástima" (así lo interrumpí)
"que en tu niñez te enseñaran tan mal.
El acertijo es simple: ¡aquí está la clave!
No hay otro Dios sino Él".

Conjura el Universo,
hombres amargamente malos, y mujeres peores.
Se muestra todo el Pan repugnante,
inmundicia desde el espíritu hasta la piedra.
"¡Lee eso!", gritó. "Bizquean tus ojos,
pero Eso está claro como letra impresa".
"Lo está", dije, "para que todos vean:
No hay otro Dios sino Él".

Y ahora el Diablo da zancadas y gira
furiosísimo a contrasol.
Hace que dos lunas engañosas
bailen sobre las dunas arrastradas por el viento.
"Si todo es ilusión, gentil joven,
todo es enemigo de la Verdad.
¿Dónde estás ahora?". "¡Mi digno amigo!
(respondí), llévalo hasta el final.
No creo que lo pruebes del todo,
que la verdad y la mentira sean opuestas.
Pero en Esto podemos estar de acuerdo:
No hay otro Dios sino Él".

Escribió en llamas sobre la hierba:
"Esta persona es un perfecto asno".

Se esfumó en una nube de almizcle.
Envió a los demonios del crepúsculo
a brincar y rabiar por los arenales
para fastidiarme a Mí, ¡la Esfinge de piedra!
Sonreí; los doblegué a mi voluntad;
los puse a bailar en el sentido del sol,
y a cantar con júbilo seráfico:
"No hay otro Dios sino Él".

El diablo vio que había fracasado.
Volvió con la cola muy arrastrada;
y, suspendido sobre mí en el aire,
gimoteó: "Señor Esfinge, vamos, ¿es justo?
¡Mi oficio es atormentar los huesos
de santos como usted y el señor Jones!
¡Me pagan para acusar a los hermanos, señor!".
"No te culpo, Lucifer.
Me complazco en tu ceño
porque 'representas a la Corona'.
Y toda tu cháchara significa para mí:
No hay otro Dios sino Él".

El Diablo pareció entender el punto.
Contento de que yo no dijera "¡Atrás!",
contento de que en Asmodee yo divise
al valiente Lucifer, el Señor de la Luz,
contento con mi juego de palabras cabalístico
(¡realmente muy ingenioso!),
lo aceptó todo y nada; se volvió
un vaso perfecto de la Llama.

Batió su ala torcida y sombría
y juró por Dios, el Santo Rey,
que toda su malicia se limitaría
a este único pecado mío,
y solo a este: cuando los neófitos
(confundidos por el exceso de luces)
no perciben lo que deberían ver:
"No hay otro Dios sino Él".

¡Ay, cómo el buen Demonio convertido
atormenta a esos Postulantes sin destetar!
Aunque ahora baila en el sentido del sol,
les machaca más de una píldora purgante.
Los limpia de su comida de cerdos;
los lleva a la beatitud.
"¡Hua es Dios!", dijo Asmodee:
"No hay otro Dios sino Él".

Siguió un silencio. Al fin, de parte de Denzil: ¿Quiere decir más o menos lo que los hindúes quieren decir con su doctrina de Maya?

Exactamente; pero desde luego ellos no pueden querer decir lo que dicen. Lo pensable es falso. Todos nuestros intentos de cristalizar la Verdad en palabras son tan fútiles como el truco con que el artista logra sus efectos de luz solar con algún ocre apagado. La impresión es bastante buena, quizá, a distancia, como impresión. Examínenla de cerca: se desvanece. Dios ve la composición ingeniosa; el hombre ve las pinceladas desprolijas. Así la lógica destruye nuestras religiones, pese a su verdad.

Pero, dijo Denzil, sin duda es mejor acercarse a la verdad. Odio todo el mal que ha causado la religión. Cuando miré Granada y su catedral, esto es lo que pensé. ¿Puede culparme?

Y de una libretita de cuero empezó a leer estos versos:

ANTE UNA VISTA DE LA CATEDRAL DE GRANADA DESDE LA ALHAMBRA

¡Sapo pardo e hinchado que te acuclillas al sol!
¡Boca floja e ingrata cuya codicia nunca se sacia!
¡Vieja araña que esperas con tu tela temblorosa
hasta haber recogido a toda Granada!
La sangre de toros y machos cabríos satisfacía
antaño la sed infernal del Altísimo.
Pues bien, en el peor de los casos los altares de Jehová humean
y sisean con la carne de su propio pueblo predilecto.
Pero Tú, oh Cristo, sacias tu lujuria refinada
en las almas devastadas de toda la humanidad.

Una fotografía excelente, dijo el hombre corpulento. Mis propias palabras de hace un momento fueron igual de fuertes, creo. Sin embargo, la única respuesta responde a todo.

Arthur Gray intervino. Deberían oír la historia entera, dijo. Miren lo más íntimo además de lo intermedio. Salvo mejor opinión, señor (cortésmente al médico), encuentro que la belleza humana se desvanece si disecamos el cuerpo. Sin embargo, su microscopista (en primer lugar) encontrará bello el detalle de la sangre, tal como yo encuentro bellos sus estandartes en el rostro de mi dama. Y en segundo lugar, ¿la mesa de disección lo revela

todo? ¿No hay un espíritu, hermoso incluso para mí, del cual los huesos y los nervios de mi dama no son sino la débil expresión?

Estoy tan de acuerdo con usted, respondió el loco, que he escrito un poema sobre el poco atractivo tema de la ovariotomía. No debe escandalizarlo; estoy loco, y reclamo las inmunidades de mis limitaciones. No digo nada de su teoría del espíritu; a mí, ignorantes como somos todos, me parece más fácil llamar Dios a un nervio y explicar así sus funciones que imaginar a un Dios que usa ese nervio como instrumento. Podemos matar un nervio; ¿podemos entonces frustrarle a Dios Sus efectos? Esto no es menos blasfemo que decir que matamos a Dios al cortar el nervio. Si un hombre no entiende a su hermano, a quien ha visto, ¿cómo entenderá a Dios, a quien no ha visto? El materialismo es fértil, aunque conduzca a su opuesto. El teísmo es estéril. ¿Cómo tratarían a un maquinista que intentara hacer andar su locomotora con oración y filosofía? Pero estoy loco. Aquí está mi poema, entonces.

Como tenía la memoria de un loco, lo recitó de memoria.

OVARIOTOMÍA

Te amo, muchacha, y solo a ti.
¿Qué diré ahora que la muerte y la vida
disputan ante el trono de jaspe
y claman a Dios que ponga fin a la lucha?

¿Palabras amables? ¿Un buen consejito?
¿Paciencia, y fortaleza, y oración?

¿Los folletos son tan adecuados, y tan lindos?
"¡Quehida niña, allá no habrá separación!"?

¡Oh burguesía! Lees, sin duda,
pero aún te queda mucho por aprender.
Soy un amante, no un patán.
Mis pensamientos toman un rumbo muy distinto.

Yo, que he mordido a través de tu piel,
envidio al cirujano que pudo hundir
sus dedos diestros y conscientes en
tus entrañas, y torcer un labio desdeñoso.

Yo habría chapoteado en ti, habría jugado
como un niño, sin nubes, ajeno a tu dolor.
Habría besado la herida, y habría hecho
una ondulación placentera en tu cerebro.

Dentro de la boca más hermosa y sobrecogedora,
recién cortada, mi antorcha hermana debería arder
y verter, para aliviar su terrible sequía,
el veneno de un Baudelaire.
¡Oh necio! No así lo Íntimo
entrega su secreto al alma.
La Verdad vuela más allá, inviolada,
y se desliza junto a la meta esquiva.

Quien sondea el cuerpo gana un hecho,
pero deja atrás un hecho igual;
así, juntándose para la catarata,
avanzan las olas rápidas de la mente.

Veloces como la luz saltan al fin
al abismo de la desesperación;
de toda su fuerza de crecida conservan
solo espuma y humo y aire vacío.

¡Oh necio, que juzgas verdad la disección
y la pintura y los lunares nada más que un velo!
El entusiasmo de un joven
vale lo que la mente sabia y cínica.

¡Oh Buda! ¿No pudiste en ninguna parte asentar
un pivote para el universo?
¿Deben todas las cosas confesarse por igual
meras variaciones repicadas sobre una maldición?

Juro por toda la dicha del azul
que mi Friné con su polvo de arroz
es tan falsa (y tan verdadera)
como tu repugnante esqueleto.

Cada cual a su gusto: si prefieres
este repugnante cavilar sobre la Decadencia,
yo lo llamo Crecimiento, y más hermoso
que todos los hechizos del día.

¿Cuál de nosotros prefiere más su casa?
¿Tú, que encuentras inmundicia en cada piso?
¿Yo, que en el retrete atestiguo
algo digno de adorar?

El final es que siempre estás descompuesto;
siempre te peleas con tu comida.

Mis arrobamientos se suceden rápidos y densos:
hasta tiendo a comer demasiado.

No querías jugar con Doreen
porque su belleza habría de marchitarse,
porque conoces las cosas impuras
que componen a una doncella mortal.

Yo, si su cadáver podrido fuera mío,
lo tomaría como mi alimento natural,
negando todo salvo lo Divino
por igual en el mal y en el bien.

Aspasia puede desollarme a ras,
y Lais cargarme de enfermedades.
¿Placeres pobres, tratos amargos, esos?
Aún desprecio a Diógenes.

¿Por qué el mojigato ha de ser siempre el juez?
¿Los Mortalmente Vivaces han de auditar la vida?
¡Pregúntale al zángano por la obrera!
¡Calcula a la amante por la esposa!

¿Por qué? ¡Porque Jesús los ayuda!
William el converso desaira al Rey.
¡Sin duda la jabonosa cuadrilla de los piadosos
sabe dar mano a cualquier cosa!

¡Ay! Los días de Cristo se han ido:
el Rey insensible sostiene el desaire:
los labios de Campaspe derraman Leteo
sobre el escolar tramposo del Tonel.

¡Oh ratas inquietas que roéis los huesos
de Aristófanes y de Pablo!
¡Subid hasta mí y el señor Jones
y ved el arrobamiento de todo ello!

Este sentido moral es pobre cosa:
tú quédate con los guisantes, ¡dame la vaina!
¡Sigue tu capricho lo bastante lejos!
Al final llegas sin falta a Dios.

¿Quién es el señor Jones?, preguntó Denzil. Ya hemos oído hablar de él a nuestro amigo aquí presente.

El señor Jones, dijo el hombre corpulento, es el Tao Inefable.

El señor Jones, dijo el médico, es (en este plano ilusorio de Maya) una de las maravillas del mundo. Nunca se lo ve ni se lo oye, ni se lo palpa ni se lo huele. Ni ha sido gustado jamás por nadie. Sin embargo, está en todas partes; en todo, y causa de todo, y apartado de todo. De profesión es conservador en el Museo Británico; pero eso es descender muchísimo en el plano de Maya.

Ya les he dicho, dijo el hombre corpulento, que el señor Jones es el Tao Inefable. ¿Por qué no dejarlo ahí?

Lo dejaré, dijo Basil, si Arthur nos lee algo. Sé a qué quería llegar cuando nuestro amigo... jugó con la pelota de su contrincante.

¡Un hermano es un hándicap terrible!, suspiró Arthur. Aun así, ¡aquí tienen!

Y leyó:

EL QUE GOLPEA A SU MUJER

Magullé tu cuerpo con el látigo:
sus verdugones resaltan en azul acanalado.
La sangre salvaje sobre tu labio
figura el daño, y el borrarse del daño.

El dolor se transmutó en pasión;
y la ruina de la pasión no fue dolor;
pero mi dolor viste otra moda;
mis muertos no vuelven a levantarse.

Tú me hieres, y la piel silenciosa
no susurra palabra de moretones que sangran;
tu odio sutil, tu pecado astuto
me marca y me corroe donde se le antoja.

No temo a los que matan el cuerpo,
sino más bien a los que hieren el alma:
mi alma está ensangrentada por tu desdén;
tus azotes no son para sanarme.

Si pudieras ver mis entrañas desgarradas,
mis nervios en el potro, mi espíritu torturado:
de todos los males nacidos para los mortales
este es el más doloroso de heredar.

¡Si pudieras ver la señal marcada a fuego
de tu látigo invisible, las cicatrices
de tu cuchillo intangible, las agonías
no dichas, silenciosas como las estrellas!

Entonces contarías las líneas envejecidas
que arrugan la alegre belleza de mi muchacho:
el Juez de toda la Tierra adivina
mis agravios y los tuyos, y cumple con su deber.

Pues tú en el cielo florecerás y brotarás,
y yo en el infierno aullaré y gemiré.
¡Ah! Dios es un cirujano torpe;
¡ambos lloraremos por estar solos!

Pues somos uno y no podemos separarnos;
y aunque nos herimos, nos amamos, ¡créeme!
Ni querría yo en lo más íntimo de mi corazón
verme privado de una sola de tus puñaladas.

Ningún hombre puede herir al extraño indiferente,
ninguna mujer lastimar al amigo casual.
Hay una gloria nacida del peligro;
lo que engendró la ira, el deseo puede acabarlo.

¡Dame el frenesí de tu labio!
Mi corazón acepta tu usurpación.
Tu cuerpo salta bajo el látigo;
nuestro dolor está en la naturaleza misma del amor.

Basta. El dolor ha terminado,
el dolor comienza; la redoma rebosa,
y toda la angustia de tu amante
y la tuya se esconde en miembros que forcejean.

¡Apura la copa negra de sangre magullada!
Su amargor engendrará devoción,

¡y que Baco arrastre su torrente frenético
hasta el océano eleusino!

Sin duda, el plano es muy bajo. ¡No vinimos aquí para aprender eso!, dijo Basil indignado. Todos sabemos que el asesinato a sangre fría (incluso) puede volverse un deber: ¡ahí está Hodson y el fusilamiento a pistola de los Príncipes de Delhi!

Su hermano se rió: No sé del deber, pero asesinarte a sangre fría sería un placer.

¡Querido viejo!, respondió Basil, con un cálido apretón de manos. ¡Abre el whisky y te sentirás mejor!

Mientras se procedía a ello, el médico incorregible irrumpió con una historia de su juventud.

Nunca consentiré el asesinato, dijo. Es poco artístico. Hace cuarenta años cené en los Apeninos con un Príncipe italiano, y me convirtió por completo. Puse sus palabras en verso. Las está publicando la Sociedad para la Abolición de la Pena Capital. Si un esteta supremo como el Príncipe lo echa a perder (esta es su idea), ¡cuánto más debemos detestar los toscos melodramas de la Ley! Lo recaudado se destinará a la educación artística del Verdugo Común, como medida paliativa.

¿Wiertz y Beardsley, Sime y O'Sullivan?, sugirió el Erudito, separando mucho los dedos para ilustrar su "¡Solo tres dedos, por favor!" al anfitrión.

Ahora, doctor, dijo Basil, ¡su Príncipe italiano!

EL ARTISTA DESILUSIONADO

¿Nos sentamos aquí? ¡Una noche preciosa!
Lo que decías, sin embargo, es cierto:
el hombre desdeña la repulsión y la atracción;
la mujer es toda acción refleja.
Te contaré una broma espléndida
que hice una vez. ¿Otro cigarro?
¿No? Bueno. Quería determinar
con justeza la naturaleza de esas alimañas.
(¡Una lástima que el estudio científico
deje las manos venenosas y sangrientas!)

¿Ves aquel dedo casto y fresco
que la luz de la luna arroja sobre el estanque?
Parece tentar a un hombre a nadar.
Tengo una hoja tan aguda y recta y delgada
cuyo hechizo hace tambalear
y deslumbra a la muerte sobre el acero.
¡Ah, el estilete! Gozo flexible,
como si algún suave muchacho italiano
con toda su esbelta fuerza viva
riera en una honda zambullida de Narciso.

Solía balancear su luz en lo alto
sobre Carlotta, blanda de sueño.
Los ojos de oro oscuro, enamorados,
y la flor del vello armonizaban.
Ella solía regañarlo fingiendo
envidia de su excelencia.
Nos reíamos, pero no de la misma broma.
Todas las chicas están ciegas con su propio humo.

Un hombre puede venir, en su día de ocio,
mimar y arrullar una hora entera,
y sin embargo en su corazón no puede menos que sentir:
"Ninguna mujer vale una pulgada de acero".

La mujer siempre ha hecho de esfinge.
¡Un secreto a voces! Cómo la pícara
encubre su único fin, ¡pobre santa!,
con más de una finta astuta y fútil.
Lo mismo civilizada o salvaje:
"Quiero un hombre: quiero un hijo".

El hombre tiene un secreto real,
¡guardado como un adepto de la Rosa Cruz!
Tanto más seguro cuanto que las ovejas sapientes
nunca adivinaron que tuviera uno que guardar.
¡Desvela la Pirámide de Piedra!
Simplemente quiere estar solo.

Las mujeres lo sospechan. Díselo a una
¡y la convertirás en una gata frenética!
Es el único acantilado donde todas sus olas
rompen hacia atrás en tumbas espumosas y destrozadas.
Un hombre (en el fondo lo saben bien)
puede amar, ¡quizá!, nunca puede importarle.

¿Te aburro con las peroratas de un viejo tonto?
¿No? Tenía razón, entonces, al suponer
que las condiciones modernas estorban a los jóvenes
que buscan captar estas Verdades simples.

Pero a mi cuento. Carlotta yacía
tan blanda de sueño un día de verano
que de veras no pude resistirlo.
Saqué la daga y la besé.
Como lengua de gato que lame con delicadeza,
la deslicé entre sus pechos.

Al principio, desde luego, los chillidos desvían
el pensamiento: irritan los nervios;
y desentona la risa
ante la sorpresa de la pobre inocente.
Pero pronto triunfa fresco y limpio
el patetismo conmovedor de la escena.
¡Ni una palabra de enojo, tenlo por seguro!
Un asombro extraño y suave, largo tiempo emparedado
dentro de ella, le iluminó el rostro hermoso
con algo de la gracia de Nuestra Señora.
"¿Por qué me mataste, mi Señor?",
como si mi respuesta debiera concordar
con algún milagro lucidísimo
de amor demasiado dulce para pensarse o decirse.
"¡Bésame otra vez antes de que muera!".
Y, mientras la besaba, con ternura
brillaron como pálidas llamas las súbitas esferas
de luz rociada, de lágrimas ansiosas.
Tocó la cuerda más divina de mi alma:
"Soy tan feliz, querido mi Señor".
Y, rompiendo en la dicha del espíritu:
"Me voy, querido. ¡Ay, con tantas ganas de besar
a nuestro bebé cuando llegue a Dios!".

¡Encantador! ¡Vaya, maldita sea! Qué raro.
Seguro estoy chocho, Dick.
Un llorón me revuelve el estómago.
Bueno, aquí está todavía el Diablo en el Edén;
ningún bien hacemos que no se vuelva mal:
el Arte no es más que una costra sobre los abismos de la Naturaleza.
La muerte la atrapó con sus espasmos cómicos.
La dieron vuelta literalmente como un guante,
sacudiéndole las piernas y los brazos
como una maldita marioneta que baila.

No pude encender mi cigarrillo:
empecé a reír. ¿Reír? Reí,
me mecí hacia adelante y hacia atrás,
¡directamente aullé! Para coronar el suceso,
su asombro ante mi regocijo:
eso fue el colmo. De veras me pregunto
cómo volví en mí, ¡por el trueno!

¡Ja! ¡Ja! Ya ves: algo chirría.
¡Mal arte, muchacho! El Diablo estropea
lo mejor que hacemos. Quieres un gris tierno,
preparas la paleta medio día,
tomas el pincel y descubres con sorpresa
que el hocico escarlata te apuñala los ojos.
¡Mal arte, muchacho! Nunca quise
volver a intentar la pieza.

Ya hemos ventilado
la cena. A propósito, aquí

lo tienes. ¡Eso es! ¡Qué suave y clara
corre la luz de la luna de la punta a la empuñadura!
¡Al final el acero vence a la plata dorada!
Bueno, se terminó mi cigarro:
las chicas se preguntarán dónde estamos.

¡Es extraño cómo esta cuestión del motivo engaña a los historiadores, y a otros!, dijo el erudito. Froude no era ningún tonto; pero su Enrique VIII es increíble. Lo mismo el monstruo convencional. Yo, por mi parte, no me sorprenderé el Día del Juicio al oír que al Constantino del protestantismo lo movía algún motivo bien simple, como un vegetarianismo reprimido.

Muy probablemente nunca ocurrió en absoluto, dijo Denzil pensativo. Nada ocurrió nunca. Miren el mito de Cristo. El Juicio y la Muerte y todo eso: meras acotaciones escénicas de un ritual del mitraísmo

Pero ¿quién era Mitra?, preguntó el hombre corpulento. Como cualquier otra pregunta, sigue para siempre, hasta llegar a la gran pregunta.

Con su respuesta a ella, dijo Basil.

En cuanto a la cuestión del motivo, sin embargo, dijo el Médico, me gusta tu teoría de Mesalina como asceta. Puesto que la conciencia divina solo aparece como la negación de la humana, y solo se alcanza desgastando todos los puntos de sensación hasta que no se produzca respuesta a ningún estímulo

¡Tonterías!, interpuso el hombre corpulento; uno puede dominarlos, no destruirlos. Solo la "Unión con Dios" morbosa se

alcanza mediante el ayuno, la vigilia, la flagelación y cosas semejantes.

Morbosa o no, continuó el médico, la mayoría de los santos ha usado este método. Lo que iba a decir es que, puesto que queremos vencer el cuerpo por la fatiga, haremos igual de sabiamente en buscar la Unión con Dios en el desenfreno excesivo. Si se hace con el mismo propósito, y se destierra el sueño con éxito, se producirá el mismo resultado. Si tu Mesalina fracasó... bueno, ¿qué dice el poeta? ¡Intenta, intenta, intenta otra vez! ¡Léenos tus versos, Jack!

Y con una mirada desdeñosa a su ropa, como diciendo "¿Dónde está mi toga?", el erudito comenzó:

EL REGRESO DE MESALINA

Del pantano de la Maremma se levanta la malaria
con las brisas grises y heladas del otoño y del alba.
En el silencio, mientras tiritamos, ¿quién es aquella que vemos
con el cabello caído suelto a su alrededor, con la estola en torno a la rodilla?
Toda su carne está floja y caída, y sus ojos húmedos y extraviados,
y se tambalea mientras se revuelca como una mujer grávida.
¡Cómo jadea y mira en torno! ¡Cómo tirita! ¿Están allí las huestes de sus amantes para acosarla, el lupanar de la vida espeso de fantasmas?
¡Cómo aprieta los dientes con horror! ¡Cómo se le tuercen y crispan los labios
mientras se tambalea hacia el palacio, cansada e insatisfecha!

¡Sin duda he hecho lo máximo! (gime todo el demonio que lleva dentro)
¿Es el espíritu el que me desdeña? ¿Es solo la carne la que falla?
¿Llegó Dánae al sueño con la embestida del oro doloroso?
¿Llevó el Toro a Pasífae al palacio del frío?
¿Pudo el mar valerle a Safo, que flotaba muerta sobre la espuma?
¿Qué me salvará a mí, Mesalina, sino la majestad de Roma?
¿Destrozaré mi vida con rosas, heriré mi carne con llamas y varas?
¡Todo es vano!, pues he vencido a los mortales y a los Dioses.
En el jardín de Príapo, en la tierra del deseo perdido,
me he hecho un monstruo y he hecho de mi alma una serpiente de fuego.
¡Ah, me pica! ¡Ah, me envenena! Toda la carne está marcada a fuego de lado a lado,
marcada con el acero de Vulcano, con el rocío mortal de la lava.
Todos los besos del sátiro, todos los castigos de Pan,
todo lo que Eros ha dado de flechas a los ojos de doncella y de hombre,
en sus labios y sus vidas lo sufrí; me he conducido como una reina:
¡oíd el rugido de los eones venideros que me aclaman Mesalina!
¡Ay de mí! Las olas de las edades, más heladas, más heladas a medida que ruedan,
no pueden cubrir mi estatura, no pueden apagar esta alma de demonio.

Aquí está el palacio. Debo entrar furtiva y secreta como un ladrón.
Preferiría pregonar, pregonar esta noche mía increíble.

Yo, una Venus gastada de la Subura, hedionda de una espuma más inmunda,
absorbí en mí en la oscuridad la virilidad de Roma.
Ahora viene la luz, la luz maldita: debo ir al banquete,
aturdir este espíritu Pánico, arrojarle un ponche a la bestia.
¡Salve, oh Dioses! ¡Oh Dioses infernales! ¡Aquí os saluda Hércules!
Vengo a traer mi espíritu libre de vosotros y fuera de estos.
¡Soy Orfeo! Os encantaré, traeré a Eurídice a la luz...
¡Ah, señores míos! ¡Ay, el presagio! ¿Quién lo enderezará todo para mí?
¿Quién de todo nuestro orgulloso Olimpo me valdrá o me será amigo?
¡Ah, señores míos! Pero estoy cansada.
¿Alguno de vosotros ve el fin?

¡No! La vimos tantear y tropezar buscando la puerta lateral secreta,
alzar el picaporte con dedos temblorosos, pasar adentro y no ser más.
Allí nos quedamos y adoramos con tristeza (pues el grito nos había llegado al alma),
adoramos hasta que el gris fue azul cuando el sol volvió a encender Roma.

Puede que tengas razón, dijo Basil, al pensar, como evidentemente piensas, que buena parte del desenfreno ceremonial de los cultos paganos era un verdadero proceso místico. De hecho, hoy mismo hay muchos cultos en la India (también, creo, en los Mares del Sur) de lo que se llama

Vamacharya. Se invoca el frenesí religioso con ayuda de los frenesíes erótico y báquico mezclados con el de la Musa del Tam-tam. ¡Soma, bhang, arraq y la Unión del Lingam y el Yoni! Todo, fíjense, mediante un ritual de lo más elaborado.

Pero, por otro lado, hay perfecta pureza de pensamiento en buena parte del simbolismo abiertamente fálico del mundo. Pues así como el placer sexual está enteramente en una clase aparte entre (o más bien, por encima de) los placeres físicos, así el Samadhi, la unión con Dios, está en una clase aparte entre (o más bien, por encima de) los placeres mentales. Quien, por lo tanto, quiera hacer un jeroglífico de este último éxtasis sin forma, no puede hacer nada mejor que dibujar una imagen del primero, bajo la imagen de sus instrumentos físicos.

De ahí la Rosa y la Cruz, la Esfinge y la Pirámide, el Azufre y la Sal, las Columnas Negra y Blanca del templo; en suma, todos los "pares de opuestos" del mundo. (Cortésmente, al hombre corpulento.) Como usted decía hace un momento.

¿Y su literatura?, insinuó el erudito.

Basil recogió el guante. El oriental es tal paradoja que uno detesta sentar cátedra. Un sufí (por ejemplo) sin duda escribe versos eróticos por la razón divina que he expuesto; pero además creo que se alegra mucho de la excusa, porque es una bestia de mente tan sucia como tú y como yo.

Sospecho más del verso semierótico que del que no tiene esa tintura. ¿Por qué ocultar el propio sentido bajo un símbolo y después ponerse a explicarlo todo? Si el lenguaje es válido, ¿para

qué usar el símbolo? Si no es válido, ¿para qué usarlo en absoluto?

Así, puedo creer que el Cantar de los Cantares (inmundicia sin adulterar, sin una palabra sobre el Yoga) es un tratado puramente místico; pero si el autor hubiera insertado las "explicaciones" insulsas que contaminan nuestras Biblias (Cristo y la Iglesia, y todo eso, ¡puaj!), sin duda habría pensado que intentaba hacer pasar su purulencia bajo el disfraz de la religión.

¡Un Kensit oriental!, exclamó el erudito.

Exactamente, y los piadosos lascivos lo comprarían y pondrían en el índice a "Dolores", añadió Arthur Gray.

¡Pues bien, juzguen esto!, concluyó Basil. Es una adaptación bastante libre del árabe, ¡o de lo que pasa por árabe en Marruecos!, añadió con desprecio.

Y hurgando en su chaqueta de caza, sacó y leyó:

INSPIRACIÓN

¡[Qué][6] quieta, oh arena del desierto! ¡Qué [quieto] y tendido sobre tu pecho el muchacho de grandes ojos
yace en El Maghrab, en el Oeste, y exhala su queja baja y voluptuosa!
¡Qué quietas las estrellas que velan arriba! ¡Qué quieto su amante, desfallecido de gozo
hasta la muerte sobre el muchacho moribundo, el muchacho disuelto y perdido en el amor!
Como una serpiente en la hierba, su pasión se deslizó sobre ellos

allí
en el aire cálido y ambrosíaco, la embriagadora misa de medianoche.
El muchacho pálido alzó en alto la copa; el sacerdote moreno vertió como un insensato
esa unción suprema del Señor, que solo los Dioses podrían beber.
Por lo cual, en verdad, los santos Jinn que han abrazado "addin Islam"
se alzaron de su calma colosal y castigaron a los amantes del pecado.
Huyeron chillando, y todo quedó quieto; el perfume del lugar se derramó
hasta sobre las cúpulas de marfil dorado que se elevan en la santa colina de Alá.
Vi a los sesenta reyes de hierro golpear tres veces sobre el Trono Ardiente
hasta que la negra piedra encantada de La Meca resolvió el arrobamiento de sus alas.
Los orgullosos Emires se inclinaron ante el fervor terrible del viento
que se alzaba tras su vuelo acerado y lo hacía rugir como un león.
Y mientras el Derviche aúlla y gira, su aroma lo alcanza y eleva
su alma (más allá de la mente que va a la deriva) hasta la Casa del Tesoro de las Perlas.
Hasta la soledad helada de la muerte llega una ráfaga de perfume,
heraldo de la mañana que despierta para esa hermandad desdichada;
heraldo del beso que sana de las doncellas de ojos blancos y

negros
cuyos labios celestiales los cortejarán de vuelta a una dicha luminosa y eterna.
¡Oh risa de muchachos deliciosos que traen la copa y vierten el vino
y con sus miembros rosados entrelazan frescas guirnaldas de gozos miríficos!

El muchacho está tendido sobre la arena; yace como quien se acurruca en
algún cenador delicado de pecado construido por la Mano Eterna.
Su amante es el Ojo Abierto, que enciende la Luz dentro del Abismo,
y despierta con Su beso inmortal una energía entusiasta.
¡Llora otra vez, oh Tú que lloras! Tus lágrimas que brotan dentro de la meta
son cantos que estremecen el alma, y manantiales que se alegran al sol.
Me inundan de melodías irradiadas de vida y éxtasis y luz
como si alguna doncella brumosa de la noche se ciñera de un millón de lunas.
Hacen que mi sangre pulsante fluya en latidos rítmicos de música rara;
mis cantos recorrerán el aire coral de Mazagán a Mogador.
Y saltando todas las barreras menores me volveré el Uno y el Todo,
y lanzaré el llamado que disuelve la cruz, y me perderé entre las estrellas.

Esto sí que es paradoja, exclamó el erudito. Me envalentonas a leer mi "Máscara de oro". Desafío al más sutil de ustedes a encontrar en ella una moraleja o un jeroglífico; así que, según ustedes, debe de ser el único poema decente leído hasta ahora.

Te mueres por leerlo, dijo el hombre corpulento, porque amas lo bestial. Estamos bien atrapados. Que alguien abra la ventana, y recuerden que Él solo es Dios, ¡y que no hay otro Dios sino Él!

Acertado como siempre, dijo el erudito. Sin embargo, en cierto modo es una historia verdadera. Yo mismo he visto la máscara, y la creo.

LA MÁSCARA DORADA

En Florencia, en los días de antaño, vivía un artesano pálido y torvo.
El Diablo entró en él y abanicó su alma con plumas de oro.

Le ofreció cuanto quisiera pedir. "¡Oh, arrebata esta alma que me escuece,
con tal de que animes mi arcilla y me termines esta máscara mágica!".

El Diablo le trajo herramientas de grabar; la primera, una enfermedad voraz,
la fría obra maestra corruptora de Cristo, ¡el dios de los necios que lloran!

La segunda, brillante como carbón encendido, una loba blanca y lasciva del pecado

que tenía una llama helada dentro de la úlcera que llamaba su alma.

Largos años se encorvó sobre la tarea; labró su tortura y su lujuria
desde el horror del polvo hasta el horror de la máscara.

Los diablos lascivos que maúllan salían arrastrándose de las fortalezas de las colinas
y llenaban su sangre de estremecimientos nauseabundos ante la obra del adepto.

Los ghules que se regodean con cadáveres fríos se reunían, ahítos de su carne,
y le daban chuletas de muerto para comer, y huesos de muerto para frotar el oro;

mientras machos cabríos hediondos y gatos venían a unirse en infamias inauditas;
mientras las brujas untadas y peludas batían sus nalgas sobre el tambor del diablo.

Y aun así el artesano moribundo se esforzaba por labrar su lujuria y su dolor dentro
del avatar resplandeciente del pecado que parecía burlarse de él mientras tejía.

Al fin su semblante pálido y torvo se ilumina con la risa del Abismo.
El Diablo llega y la alaba, y le pone una corona de fuego.

"¡Bien has obrado, oh florentino! Tu obra ha reunido en su hechizo

a las Hijas de los Señores del Infierno, ¡las Diosas cabras, las Mujeres cerdas!

Estas la adorarán edad tras edad; a estas les dará lujuria y fuerza, absolverá sus espíritus del remordimiento y las hará sabias entre los sabios.

"Sus ojos brillarán cuando la Borgia vaya con remilgos a su semental,
con el cabello adornado y las joyas puestas, para complacer a su esposo que relincha y tasca el freno.

"Sonreirá con descaro a Katherine revolcándose en el fango de la sangre,
pagando el torrente frío y coagulado de su amante su tonta hora de pecado.

"Salammbô, apareada con un áspid, se estremecerá ante su rostro lascivo,
y besará los labios dorados, y enlazará a su serpiente en un abrazo más estrecho.

"Inspirará el rocío de la muerte que perla a la tersa Brinvilliers
y estrangulará toda su compasión de mujer, envenenando el aliento del bebé.

"Hará girar hacia una dicha infernal la tortura del agua y la rueda;
en todos sus tormentos ella no sentirá sino mi beso que devora el alma.

"Sus labios de sátiro se retorcerán en plegaria ante innominadas rameras nubias que se aparean

con besos de cerdo para aplacar el negro deseo de Baudelaire.

"Así, tras más de una casa de pecado, encuentra al fin un hogar picante,
dulce como un panal envenenado: ¡una Katherine más bella y más inmunda!

"Con risa arrulladora ella apretará al monstruo contra sus tetas doradas,
alimentará su deseo con todas sus dulzuras con más de una caricia magistral.

"Su sabiduría vigorizará el alma de ella hasta alturas de gozo espantoso
para emparejarla con el muchacho igual que será amo de su destino.

"Ella alcanzará un hombre que supere su fuerte femineidad satánica:
su amor romperá la máscara de madera, revelará el rostro auténtico del Infierno".

Todo esto lo oyó el artesano con orgullo: llamó; su enfermedad y su ramera
juntas le desgarraron las entrañas, y lo despedazaron, de modo que rió y murió.

Así, con el último jirón convulso de la vida que se gastaba, sus dedos se cierran
tan sutilmente sobre ese rostro de oro que su paz queda perfeccionada.

Y allí cuelga, un pensamiento obsceno, para acosar nuestro amor con fantasmas condenados:
¡oíd sus huestes execrables que exultan mientras beso a Katrine!

¿Vence? Le mostraremos cosas memorables de sus esplendores idos,
cosas más groseras que las que contempló donde rueda el Neva o se mece el Tíber.

Lo superaremos: sus labios impuros responderán el Día del Juicio:
"¡Los más grandes de todos, digo, fueron este mi poeta y su reina!".

¡Ah, Dios! Contemplamos el Támesis; los palacios del Arno se han ido.
Brilla apagado el horizonte brumoso con las estratagemas hediondas de Londres.

¡Pero alzad la tapa de la tierra y ved la buena llama brotar y envolvernos!
Para nosotros, los Dioses de lo Profundo, ojalá Inglaterra iguale a Italia.

Y yo, que me regocijé con Faustine en Roma, hago aquí una música más loca,
yo que balanceo sobre mi lanza sangrante los besos cercenados de Katrine.

Me como su carne; bebo su sangre. ¡Dios! ¿Podría amar más a una mujer
junto a la orilla esmaltada de flores del Arno, o el leonado caudal del Padre Tíber?

Y chorreando su vida lujuriosa destrozo la máscara dorada y ardo de gozo y de odio. ¡Ajá! ¡Volver contra mis propias tripas el cuchillo ahíto!

¡Oh Satán! Quédate sombrío y frío sobre nuestros cuerpos que así flotan
y hunde tu gloria en nosotros, ¡y abanica nuestra muerte con plumas de oro!

¡Escribe con nuestra sangre derramada ante ti sobre catafalco y catacumba
la terrible advertencia de nuestra condena, la historia de la Máscara Dorada!

¡La paradoja es justa, por el Cielo!, exclamó el hombre corpulento. Ese poema es bastante malo, pero una larga explicación... qui s'excuse s'accuse. ¡Mejor buscar a Dios en la inmundicia misma que en la excusa coja de ella!

Una vez conocí gente tan loca como esa, dijo el Médico. Tenían razón; sabían lo que hacían; pero los malinterpretaron, y en este momento están en el Manicomio.

¡Malinterpretar!, dijo el hombre corpulento; ¿por qué la gente se empeña en juzgar a los demás? Sé menos de mi propio cerebro (y à fortiori del de mi hermano) que de una ostra. Y sin embargo intento instruir a mi hermano, y dejo que la ostra siga su propio camino.

¡Lee aquella broma tuya sobre el Rabino cabalista!, dijo Arthur.

La leeré. Era el viejo más querido del mundo; absolutamente incapaz de hacer nada que escandalizara al más puritano. Sin

embargo, sus curiosos estudios del Zohar le ganaron una reputación que ni siquiera puede mencionarse.

¡Era demasiado inocente para adivinar qué problemas estaba causando! ¡Que nos sirva de advertencia!

Así que leyó:

EL RABINO MALINTERPRETADO

"Temurah nos enseña (¡alabado sea Adonai!)",
solía decir el Rabino Mefiboset Ben Mardoqueo,
"que los Adeptos ven
S.-M, -Dhi equiparado con S.-D.-My.
Eso trasciende a Cara Corta y a Nariz Larga a la vez:
esta es la guarida más honda de las Qliphoth.
¡Emparéjenlos! El Árbol de la Vida en el Jardín del Edén
crece perfectamente equilibrado de la raíz a la flor".
Quizá por eso la Reverenda señora Grundy
lo llamó sodomita el otro domingo.

¡Bien!, rió entre dientes Basil, cuando terminaron de reírse. Si lo hubiera descubierto de muchacho, su supuesto carácter podría haberlo forzado a seguir su propia senda.

Cuando estuve en Marrakech, lincharon a un pobre viejo porque su mezquita había sido profanada de algún modo real o imaginario (con lo cual él, en todo caso, nada tenía que ver, pues estaba paralítico desde hacía años). El pretexto era que en las plantas de sus pies los pliegues formaban la palabra Alá, ¡de modo que siempre pisaba el nombre de Dios! Por eso mataron a Burckhardt, dicho sea de paso. Una pura invención en ambos

casos. Le vi los pies, y eran como los de cualquier otro, solo que más sucios.

¡La pobreza y la parálisis eran sus crímenes, os lo garantizo, señores míos! De todos modos, fue una gran broma, y con ella hice un espléndido Cuento Árabe.

¡Léelo!, fue el coro.

Y así lo hizo.

LA MEZQUITA EMBRUJADA

Vivía un viejo hechicero en la ciudad de Marrakech
que en vida sintió los colmillos del Infierno arrancándole el alma a través de la carne.

Aunque al principio no era malo, su ruina moral fue completa:
sus piadosos padres decían que tenía en los pies las marcas de las garras del diablo.

Una verruga exterior en la nariz deletrea malicia interior en la molleja.
El camino es fácil, supongo, para alguien así, para hacer de brujo.

En todo caso corrió el riesgo, y dejó cosas como el jabón y la comida,
hasta que pudo darle al mundo ventaja, diez hechizos en treinta, y una paliza.

Pues bien, a la edad de ochenta y ocho años se encontró como el único caballo seguro
para el Premio de Doncellas de Jehannum: hijo de Satanás y del Lago de Fuego.

Así que, invocando a Iblis de los Jinn (¡un dios entre los condenados Ghebers!),
ofreció un último pecado para hacerles una broma final a los vecinos.

El pacto se firmó con fuego y con sangre; y antes de que la mañana se mojara de rocío
un cerdo se alzó en lugar del Muecín y salmodió desde el Minarete:

"¡No hay Dios! ¡No hay Dios! (juraba) Mahoma era un charlatán.
¡Dormir es más excelente que rezar! ¡Y el cerdo es sabroso en la sartén!".

Los ancianos sabían que solo uno podía soltar chistes tan execrables.
Corrieron a darse el gusto de cortarlo en tiritas.

Pero Iblis lo recibió con una sonrisa que valía noventa y nueve por ciento anual.
"Se perdieron la diversión, ¡pero pasen, por favor!, ¡partimos en este instante a Jehannum!".

En verdad, la risa indecorosa del demonio se burló por igual de todas sus barbas que se agitaban,
cuando desde las entrañas de la tierra graznó un irónico "¡Labbaik!".

La moraleja es: si toda tu gente está segura de que eres un mago negro,
bien puedes disfrutar la broma; no puedes dañar tu posición.

La moraleja es: cuando las madres contrariadas celebran la acostumbrada juerga cristiana
y les dicen a sus hijos que están "perdidos", simplemente los empujan al diablo.

¿Qué es "Labbaik"?, preguntó Denzil.

El piadoso "Adsum" del Peregrino cuando llega a la tierra santa de La Meca. ¡Así que pueden imaginar el horror del musulmán al oírlo subir alegremente desde el Infierno!

Hablando de Magia Negra, dijo el hombre corpulento, la creencia en ella probablemente es tan fuerte como siempre. Yo me inclino a reírme: "¡Quien cree en la Magia Negra demuestra que está embrujado!". Una vez tuve un caso horrible, ¡todavía me estremezco!

Podría imaginar la época en que la enfermedad de mi pobre amigo era epidémica; cuando la locura del pánico se apoderaba incluso del gobierno

¡Tengo mis dudas!, dijo el erudito. Las creencias populares proporcionan cómodos pretextos para el subterfugio político.

¡No!, dijo el Médico. La enfermedad de la mente, como la del cuerpo, ataca a todas las clases. Mientras el hombre sea tan sugestionable como es, simular una creencia es casi rendirse a la creencia misma. Constantino probablemente se volvió al final un verdadero cristiano.

¡Pero cuéntenos de su amigo!, de parte de Basil.

"Lo puse en verso, y bien", dijo el hombre corpulento. Pero como es un cuento con moraleja, por favor imagínense que son un

grupo de niños. Lo escribí para ellos. ¡Allá va!

EL CONDE SUSPICAZ

Había un pobre Conde endemoniado
que veía una Bruja en cada muchacha,
un Hombre Lobo cada vez que alguien sonreía,
un Vampiro en ciernes en un niño,
un Hechicero en cada hombre,
un plan Nigromántico bien urdido
en cada palabra casual; además,
envuelto en su negro manto horrífico,
un Vehmgericht obscenamente torvo,
¡y todo pensado para arruinarlo a él!
Veía en cada transeúnte
Magia Negra y el Mal de Ojo,
interpretando el acto más simple
como un Pacto Satánico.
Desde luego, a veces había unos pocos
que en cierto modo eran víctimas de la banda;
pues cuando su Condesa tosía o estornudaba,
"¡Obsesa!", resollaba el pobre viejo.

Buscó a los Poderosos Poderes del Bien,
invocó a la Gran Hermandad Blanca.
Como hombres de negocios listos y puntuales,
mandaron a un hombre allí mismo.
¡Con qué alegría reverente saluda él
los pies venerables del sabio!

Pero al rato crece la sospecha.
"Este tipo, ahora, ¡por Júpiter!, ¿quién sabe?
Quizá él también está en el Complot.
A mí me gusta el Whisky escocés: a él no.
Prefiere Job a Segundo de Reyes.
No estamos de acuerdo en muchas cosas".

Husmeó alrededor del Adepto (que se quedó quieto).
Le registró el equipaje buscando su aureola.
Lo invitaba a menudo a cenar
olvidando a propósito el vino
(aunque los arcanos del Nibbana
ignoran el nombre mismo de Caná).
No podía pasar junto a una piara de cerdos
sin una indirecta; de hecho, en fin,
tomó Su Silencio como una señal:
"¡Este es un Enemigo mío!".
Para abreviar la historia, saltamos
un año o dos, y nos metemos
(vigorizados por el descanso)
justo donde el jurado de la Investigación
en el Manicomio dictamina debidamente:
"Suicidio en estado de Enajenación Mental".

Esta vez saltamos de la tierra al cielo.
Dios está entre los Siete Espíritus.
Las Siete Lámparas llamean a Su alrededor.
Miríadas de arcángeles claman Su nombre.
Millones de ancianos, profetas, predicadores,
santos, mártires, vírgenes, ermitaños, maestros,

ángeles, evangelistas, apóstoles,
todos cantando como una bandada de zorzales,
todos desafinados unos con otros,
y cada uno un Hermano de Plymouth,
con alabanzas pusieron el cielo en un torbellino.
Se cuela furtivo el pobre Conde endemoniado,
¡salvado después de todo! Las lágrimas agradecidas
le corren por las mejillas durante varios años.
Pero cuando se recompone
y se acostumbra al clima
quiere meter los dedos
para ver si Dios es genuino.
Demasiado pronto quitó (¡este patán astuto!)
el dorado del pan de jengibre de Dios;
y sorbiendo Su nepente claro,
olfateó: "¡Bah! Ginebra común y cerveza de jengibre".
Esa noche resultó que se enfermó:
"¡Envenenado", gritó, "con Arsénico!".

Se fue: sus sospechas de bumerán
crearon huestes de Magos Negros.
Molestaron a su señoría que hacía agua
por todo el vacío inconmensurable,
hasta que su voz pálida se confesó
a sí mismo aliado con todos los demás.

(Los niños sin aliento se apiñan a mi alrededor.
Hago una pausa. Al fin uno dice en voz alta:
"¡Pero cuéntanos cómo llegó a la gloria!".
Lo siento mucho. Esa es la historia.

Pero ¿cuál es la moraleja?, pregunta una muchacha
grande con madera de mojigata.
Primero. El golf es largo, y la vida es fugaz:
solo vale la pena vencer a un Bogey.
Moraleja Segunda (¡Silencio, chicas!):
un hidalgo cuerdo vale diez condes locos.
Y, la más importante, Número Tres:
todos tienen que confiar en alguien.)

Haces bien en tomarlo a la ligera, dijo Basil. Es la historia más terrible que oí jamás. ¡Una higa para tus tragedias de sangre y huesos!

En verdad, es el único infierno sin esperanza, añadió el Erudito. ¿Es verdad? ¿Conociste al hombre?

Sí, respondió el hombre corpulento. Un tipo tan simpático como pudiera encontrarse en tres continentes. ¡Y perdido! ¡Perdido! ¡Perdido!

¡Ay! ¿Cuándo se librarán los hombres de toda esta superstición?, gimió Denzil.

Nunca, dijo el Erudito.

Ahora, dijo el hombre corpulento.

No lo veo, exclamó Denzil, ¡pero será! ¡Será! Y soltó este gran juramento:

Juro por todas las estrellas que fluyen
a través de todas las altas hojas de la noche:
juro por las torres tremendas
que coronan el valle de flores de Granada:

juro por su resplandor inminente,
¡las espadas nevadas de luz de la Sierra!

Por toda la desesperación cruel y fría
que Cristo ha traído sobre la tierra:
por María y las falsas, ciegas, bestiales
mentiras de los mojigatos y los curas:
por Dios y la muerte y el odio juro
que el hombre se alzará, comprenderá.

Juro por este mi Ojo lúcido,
por toda la libertad que he ganado,
que los hombres aprenderán a amar y a dudar,
pondrán en fuga a la fe y a la esclavitud,
¡y con alas de águila, como yo,
se remontarán al esplendor del sol!

¡Está bien! ¡Está bien!, dijo el médico, bastante irritado. Pero quieres que todos usen tus métodos. ¡Viva Huxley! ¡Abajo Jesús! Por el cielo, tu tiranía pronto será tan mala como la de Roma o la de Ginebra. Cada hombre debe encontrar su propio camino a la libertad.

Déjenme leerles sobre mis amigos locos. Uno de los casos más interesantes de coito simbólico que conozco. El hombre no era de la clase que caza; era un jefe de camareros, hijo de unos exiliados rusos de la llamada tendencia estudiantil, ¡y sus únicas nociones de la caza del zorro las había sacado de los números de Navidad de los periódicos ilustrados de su infancia!

¡Qué extraño cómo se pegan las cosas!

LOS SIMBOLISTAS

La titánica Eva era musculosa y nervuda: toda la sangre de la Madre Tierra
cantaba en sus venas y le daba todo el poderío de toda su corpulencia.
Vladimir era pequeño y delicado como un caballero de las hadas que marcara
círculos más verdes con su danza sobre la tierra verde y enamorada.

¡Qué extraño que en la ciudad silenciosa Eva hiciera de yegua en celo,
que Eva relinchara por un semental, olfateando el aire perfumado!
¡Qué extraño que él, con calzones y casaca escarlata, gallardo con su riqueza de botas y espuelas,
cazara al zorro Jehová por el mundo montado sobre ella!
¡Pero su látigo! La llama que azota sacando sangre de sus flancos espumosos,
desgarra la carne y deja al espíritu libre de brida para galopar a casa.
¡Pero los gritos de dolor que lo apuñalan, ebrio de lujuria de espuela y de vara,
cuando las rodajas y la ballena devuelven su espíritu a Dios!

Así en la locura está el logro que infunde espíritu y perdura.
¿Quiénes sois vosotros para culpar su desatino, para pedirles que asientan al vuestro?
¡Estad seguros de que el Ojo sin Párpado mide con otra vara!

¡Estad seguros de que la balanza humana se ve torcida para un Dios!
Sed para vosotros mismos esclavos y amos; manteneos en pie o caed solo por vosotros mismos;
la ética humana no desatará el cinto carmesí de nuestra Astarté.
Nunca ajustaréis vuestra frente a los sombreros de fantasía de vuestro padre:
sabéis más de la salvación que el Reverendo Robert Rats.

Bueno, sin duda han conocido a un grupo de gente desagradable, exclamó el hombre corpulento. ¿No podemos estar un poco alegres para variar? La noche avanza: debemos separarnos.

Creo que les gustaría mi muchacha Gitana, dijo Denzil, sin escrúpulo ni timidez.

Si es un ser humano cuerdo y limpio, nos gustará. Así expresó Arthur Gray el sentir general.

Sin más debate, puso manos a la obra.

LA GITANA

Tu cabello estaba lleno de rosas en el rocío mientras bailábamos,
la hechicera que encanta y el paladín encantado,
a la luz de las estrellas mientras tejíamos una tela de seda y de acero
inmemorial como el mármol en las salas de Boabdil,

¡en el jardín de las rosas con las fuentes y los tejos
donde la Sierra nevada nos calmaba con las brisas y los rocíos!
A la luz de las estrellas mientras temblábamos de una risa a una

caricia
y el dios caía cálido sobre nosotros en nuestra alegría pagana.
¿Era el Baille de la Bona demasiado seductor? ¿Sentiste
a través del silencio y la suavidad toda la tensión del acero?
Pues tu cabello estaba lleno de rosas, y mi carne estaba llena de espinas,
y la medianoche cayó sobre nosotros valiendo un millón de mañanas locas.
¡Ah, mi Gitana, mi Gitana, mi Saliya! ¿Deseabas
que la danza se volviera en serio? ¡Oh la tierra soleada de España!
¡Mi Gitana, mi Saliya!, ¡más deliciosa que una paloma!
¡Con tu cabello en llamas de rosas y tus labios encendidos de amor!
¿Te veré, te besaré otra vez? Vago lejos
de la tierra soleada del verano hasta la helada Estrella Polar.
¡Te encontraré, te tendré! Vuelvo otra vez
desde la inmundicia y la niebla a buscarte en la tierra soleada de España.
Te encontraré, mi Gitana, mi Saliya, como antaño,
con tu cabello en llamas de rosas y tu cuerpo alegre de oro.
Te encontraré, te tendré, en el verano y en el sur,
con nuestra pasión en tu cuerpo y nuestro amor sobre tu boca:
¡que con nuestro asombro y nuestra adoración arda el mundo de nuevo!
¡Mi Gitana, mi Saliya! ¡Vuelvo a ti!

Los hombres respiraron más libres. Con tanta fuerza los elevó la canción que por la ventana abierta toda la fragancia de España y de sus rosas pareció fluir dentro de la habitación.

Solo Arthur Gray no sonrió nunca.

El hombre corpulento lo miró. ¿Qué pasa?, dijo con brusquedad.

¡Todos somos Dioses! (dijo Arthur), conocedores del bien y del mal, y de lo que está más allá. Pero amo Holbein House y Londres, ¡querido Londres vil!

¿Qué puedo hacer?

Y empezó a recitar con tristeza:

EL POETA

¡Entiérrenme en una tumba sin nombre!
Vine de Dios a salvar al mundo.
Les traje sabiduría de lo alto:
adoración, y libertad, y amor.
Me mataron porque menosprecié
por eso la Religión, la Ley y el Matrimonio.
¡Así que sea mi tumba sin nombre
para que la tierra se trague mi vergüenza!

¡Arthur!, dijo el hombre corpulento, con más ternura que la que había mostrado hasta entonces, hubo una vez un hombre como tú. Deseó tu deseo, no con lágrimas, sino con risa; obtuvo su deseo, como tú obtendrás el tuyo. Pese a todo, ese hombre sin nombre es tan conocido como cualquiera en el mundo; no saben su nombre: lo llaman Jesucristo. Ahora bien, todo el mal causado por Jesucristo no es nada comparado con el deseo de ese poeta desconocido. Desde este pináculo del Adeptado pesamos el

Universo con otras balanzas; pero esta doctrina la conoces y la entiendes, y no necesito decir más.

Entonces dijo Arthur: En verdad, todo es Maya, ¡todo! ¡Él es Dios, y no hay otro Dios sino Él!

En silencio sus huéspedes bajaron por la escalera estrecha. Arthur Gray se volvió hacia la ventana y miró la pared ciega de Holbein House.

¿Y bien?, dijo el Hombre.

Pero el Socialista se había ahorcado con su propia corbata roja. Había visto a Dios, y había muerto.

---

1. Salmos, xcix, 4. ↩
2. Las opiniones de este ensayo se han dejado deliberadamente tal como las escribió originalmente Aleister Crowley el 18 de diciembre de 1906. La discusión que sigue representa con gran fidelidad esencial la discusión real que tuvo lugar tras su lectura el día de Navidad. Las acotaciones escénicas del ensayo representan los hechos. ↩
3. Babel, correctamente escrito [hebreo] = 36, 6×6. [hebreo], León = 216 = 6×6×6. Y [hebreo], Oso = 6. Seis es Tiphereth, el símbolo del Ruach. ↩
4. [hebreo] 443, al que le falta la Unidad para 444: el divino Tetragrammaton sin Kether, el punto superior de la [hebreo] (porque 444 = 4×111, que es [hebreo], el tipo de las letras). De modo que Goliat es todo aquello que no es Kether, y debe ser destruido. ↩
5. No hace falta mucho genio creador para introducir con destreza a los diversos miembros de la compañía del Dr. Waistcoat. Dejo por tanto el resto a los Directores de Escena, para que lo dispongan como quieran. ↩
6. (N. del T.) En la fuente (OCR sin corregir) el comienzo de este poema llega fragmentado y desordenado; se ordenó por continuidad y se

suplieron entre corchetes las dos palabras que faltan. ↩

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar